

LAS TENSIONES SOCIOPOLITICAS HISPANOAMERICANAS DEL SIGLO XX

«Lo que en realidad podemos conmemorar ahora, con tantos nombres distintos y hasta opuestos, es el nacimiento de una inmensa posibilidad. La más grande de las posibilidades que en todo el tiempo histórico ha sido ofrecida a la Humanidad. La posibilidad de la creación de un Nuevo Mundo.»

ARTURO USLAR PIETRI: *La otra América*, p. 133.

SUMARIO: a) *Breve idea de América.* b) *El auténtico significado de la Revolución mexicana.* c) *¿Existe un marxismo de Indias?* d) *Líderes y movimientos populistas.* e) *La Revolución cubana y su largo proceso de cristalización.* f) *El futuro presente de los pueblos hispanoamericanos.* g) *Notas bibliográficas.*

a) BREVE IDEA DE AMÉRICA

Cualesquiera planteamientos que se emprendan en torno del Continente descubierto por Cristóbal Colón, ya sea en el área política, social, religiosa o meramente económica, parecen llevar implícito una invitación a la polémica. La vicisitud surge de mil maneras distintas y en mil campos diferentes y, consecuentemente, adentrarse por los caminos que serpean entre los múltiples pueblos hispanoamericanos es penetrar en el más inimaginable manantial de problemas y contrastes. El desacuerdo afecta, por ejemplo, incluso a causas de tan extremada sencillez como lo es, en parte, la determinación del nombre general con el que designar a tan extraordinario e impresionante lugar de la Tierra: ¿América Latina? ¿Hispanoamérica? ¿Iberoamérica?

Esto que muchos llaman la América Latina es, de modo muy significativo —se ha visto compelido a escribir un sutil pensador de allen-

de los mares (1)—, el mundo al que se le ha arrebatado el nombre. Siempre ha habido una metáfora o un equívoco, o una razonable inconformidad sobre su nombre. Nuevo Mundo, Indias, América, fueron otras de tantas denominaciones del azar y hasta de la ignorancia. Cuando en su mapa Martín Walsseemuller puso en 1507 el auspicioso nombre, lo colocó sobre el borde de la masa continental del Sur. La parte del hemisferio norte no vino a llamarse América sino tardíamente.

Desde que en 1776 las antiguas colonias inglesas del Norte se proclamaron independientes y a falta de designación propia optaron por la elemental definición política de Estados Unidos de América, que definía someramente su forma de gobierno y su situación geográfica, se planteó el problema del nombre para el Sur. Cuando se hizo visible y poderosa la expansión y la fuerza del nuevo país, el nombre de americano vino a serle atribuido de un modo creciente. Para franceses e ingleses del siglo XVIII, Benjamín Franklin era el americano, y en cambio un hombre como Francisco de Miranda, que podía encarnar con mejores títulos la realidad del Nuevo Mundo, era un criollo, un habitante de la Tierra Firme, o un exótico italiano.

El hecho de que el nombre no corresponda exactamente a la cosa no es lo importante. Ningún nombre corresponde exactamente a la cosa que designa. Arbitrarios y caprichosos en su origen fueron igualmente designaciones como Asia, Africa o Europa para no hablar de Italia o aun de España. El problema ha sido la falta de una identidad suficiente y segura.

Larga, difícil, no concluyente y cuatricentenaria—subraya Uslar Pietri—es la busca de identidad de los hijos de la otra América, de esa que se designa todavía por tantos nombres objetables y casi provisionales como Hispano-América, América Latina, Ibero-América, y hasta Indo-América. La presencia de ese cambiante complemento revela la necesidad de una no bien determinada diferencia específica con el género próximo.

Poco importaría el nombre viejo o nuevo, ingenioso o llano, si detrás de su planteamiento no se revelara una no resuelta cuestión de definición y de situación.

La verdad, a fin de cuentas, es que el nombre no importa demasiado. Importa, y mucho, resaltar que en este lugar del mundo floreció, por dos veces, la más singular de todas las posibilidades que el hombre ha tenido a su alcance. La primera coyuntura la deparó la llegada de los conquistadores, es decir, *el primer gran encuentro*

del hombre moderno con un espacio geográfico totalmente desconocido y en gran parte vacío. Más importante que lo que había era, efectivamente, lo que se podía hacer. Justamente, vuelve a subrayarlo el autor que acabamos de citar en líneas precedentes, «la América Latina fue concebida como un proyecto. Todo lo que dicen los documentos oficiales más antiguos se refiere a lo que se puede hacer aquí. Esto va desde las cartas de Colón hasta los discursos de Bolívar, desde la visión futurista y asombrada del jesuita Acosta en el siglo xvi hasta la descripción de las posibilidades del porvenir de que está llena la obra profética de Humboldt al final del período colonial.

La independencia misma tiene más que ver con un proyecto de futuro que con una realidad de presente. Es esa su mayor característica. Hay que crear para el mañana la más perfecta república que la Humanidad haya conocido». La segunda y extraordinaria coyuntura la ofreció el amplio proceso revolucionario, es decir, la hora de la emancipación. Momento, como felizmente se ha dicho, en el que el pueblo hispanoamericano—esas veinte repúblicas y una nación—experimentó una profunda toma de conciencia de su destino histórico.

Ciertamente, nos lo ha dicho uno de los hombres más representativos que en los últimos tiempos ha tenido Hispanoamérica (2), «hace cien años América Latina podría haber sido llamada *el Continente de la esperanza*. Hoy puede ser considerada *el Continente de la frustración*. Hace aproximadamente un siglo, esta parte del hemisferio contenía las expectativas más optimistas y audaces suscitadas en muchos siglos de civilización. Se iniciaba un experimento de vastas dimensiones, cuyos alcances podían beneficiar a toda la Humanidad. Un subcontinente casi despoblado, con tierras de muy variadas posibilidades de riqueza, climas diferentes, ubicaciones geográficas abiertas a los cuatro rumbos, se aprestaba a iniciar un proceso de trasculturación nunca visto. Millones de seres humanos venían a sus playas dispuestos a «hacer la América». Instituciones liberales que en ese momento parecían el desiderátum de la ciencia política y de la evolución del pensamiento histórico del hombre se habían establecido para recibir esos aportes humanos.

¿Qué es lo que ha impedido la cristalización real de la esperanza? ¿Para qué tantos sacrificios y esfuerzos? ¿Para qué mantener enhiestas tantas ilusiones? La verdad es, y no existe el más pequeño atisbo de demagogia en estas palabras, que *el subdesarrollo y el atraso campean en todo el subcontinente, con distintos niveles, es cierto,*

pero en líneas generales el saldo es negativo. «Indudablemente se ha hecho mucho. Sería absurdo negar todo lo que hay plantado, construido y cultivado en el orden espiritual y material. Pero preguntémos —sugiere el doctor Ottocar Rosarios (3)—: ¿se han cumplido las expectativas depositadas en nosotros? Tenemos que evocar, sin mentirnos ni compadecernos, el rostro lacerado de esta América nuestra. Y esa imagen se manifiesta a través de hechos y de cifras. Dos tercios de la población viven en estado de subnutrición y en algunas regiones este estado puede calificarse de hambre crónica. En la mayor parte de los países de América Latina las tres cuartas partes de los habitantes son analfabetos; en los países restantes la proporción varía entre el 13 y el 60 por 100. La mitad de la población del subcontinente sufre dolencias endémicas, infecciosas o carenciales, y para dos tercios de ella no hay asistencia social. También dos tercios viven en condiciones de trabajo semif feudales. La situación de vida de la población latinoamericana depende de las fluctuaciones de los precios en los mercados extranjeros. Una parte de la economía —aquella que está ligada a los circuitos del comercio exterior— está técnicamente adelantada, pero su prosperidad más beneficia a esos circuitos internacionales que al propio país. El *hinterland* económico de base, el país trasero, rezagado, vegeta en la pobreza y la frustración.» Probablemente, dada la fecha de edición del libro que citamos, algunas de las cifras manejadas por el autor demandan, en estos momentos, cierta importante rectificación, pero, por el contrario, las graves anomalías de índole económico-social que el cuadro que el doctor Ottocar Rosarios nos ofrece denuncia se mantienen con todo rigor. Si comparamos los datos insertados en el libro al que nos venimos refiriendo con los manipulados por Josué de Castro en su *Geografía del Hambre*, o por Enrique Ruiz García en su voluminosa obra *América Latina, hoy*, los contrastes no son, en absoluto, alarmantes.

Se nos ocurre pensar, a la vista de tantas y tan singulares coyunturas como hasta el presente han caracterizado la existencia sociopolítica de los pueblos hispanoamericanos, que acaso, independientemente del peso y trascendencia que los factores económicos implican, existen otras muchas razones que es menester estudiar. Creemos, tal vez estamos equivocados, que gran parte de los males que aquejan a la salud sociopolítica de Hispanoamérica haya que anotarlos a los fallidos propósitos, al ferviente e incontenible deseo de quemar etapas precipitadamente. Es fácil advertir, cualquiera que sea el pueblo que tomemos como modelo, las ansias ilimitadas de protagonismo

histórico. Desde esta perspectiva, a nuestra forma de ver, se nos antoja importantísima la tesis que el profesor José Luis Abellán defiende en las páginas de uno de sus más sugestivos trabajos (4). Para el profesor de Historia del Pensamiento Hispanoamericano de la Universidad de Madrid, efectivamente, «el temple fundamental de América es ese "no-ser todavía"», que se define como un «existenciario», es decir, una categoría básica en la constitución del ser americano. Ese existenciario caracterizado por lo que «aún-no-es» no tiene por qué identificarse con el «siempre». Lo que aún-no-es, puede advenir alguna vez, aunque pudiera ocurrir que no adviniera nunca, y este es el real y verdadero problema de América: si el «no-ser-todavía» será simplemente tal o será un «no-ser-siempre-todavía». *Por eso, aquellos que consideran que los problemas últimos de América son puramente sociales, políticos o económicos no han calado en lo verdaderamente fundamental del ser americano, que es un problema básicamente ontológico.* Y únicamente enfocándolo así, desde la ontología, podremos descubrir lo originario y lo original de América.

Y el caso es, cuando menos en el momento presente, que Hispanoamérica podría ser una superpotencia. Si lograra unirse, si se convirtiera en una «nación de repúblicas» —tal fue el anhelo de Bolívar—, una nueva potencia surgiría en el mundo. Claro está, y muy seriamente lo han advertido los expertos, que no se trataría de una especie de alianza ni de la aparición de un país robustecido. Sería, por el contrario, una nueva y auténtica gran potencia; con la misma significación histórico-política, por ejemplo, del imperio alemán allí donde pocos años antes convivían quinientas entidades formalmente soberanas.

Si esto llegase a ser realidad, cosa no muy difícil en el fondo, estaríamos en presencia de un acontecimiento que modificaría sustancialmente el panorama internacional, puesto que, entre otras muchas cosas, suscitaría no pocos cambios en las relaciones mundiales y, sobre todo, daría lugar al replanteamiento de infinidad de puntos de vista. Piénsese, a modo de ejemplo, que cada república hispanoamericana tiene su propia personalidad, su estilo político-social y, por supuesto —como Guy y Jean Testas han revelado en un interesantísimo trabajo (5)—, sus propias esperanzas. Desde una posición más positiva el escritor Gustavo Lagos al analizar la cuestión que nos ocupa se apresura a señalar, y el dato es harto elocuente, que de realizar la anhelada unidad «la gran nación hispanoamericana tendría una superficie de veinte millones kilómetros cuadrados», es decir, una su-

perficie más de dos veces superior a la de los Estados Unidos, dieciséis veces mayor a la del Mercado Común Europeo y sólo inferior, y, no mucho, a la de la Unión Soviética.

Parece, pues, que los pueblos hispanoamericanos han comprendido perfectamente esta evidencia, a saber: *que mientras no encaren decididamente su unidad, todos los esfuerzos que en solitario realicen para hacerse notar en el mundo serán completamente estériles*. Por otra parte, y en este extremo descansa el evangelio que los más cualificados líderes políticos incansablemente predicán, «los buenos deseos no bastan, tampoco la ayuda técnica, ni los programas de asistencia...». Son muchos los problemas que es menester solucionar de forma adecuada: *el problema del hambre, la carencia de trabajo bien remunerado, la incapacidad para financiar y orientar el desarrollo, el establecimiento de unas estructuras políticas sólidas*, etc. El frágil cuadro sociopolítico que Hispanoamérica presenta, ha dicho un destacado estudioso (6), «no debe atacarse con medidas parciales, sino únicamente con una política general». En demasiados sectores hispanoamericanos los niveles de promoción humana garantizan bien poco el éxito o estabilidad de un cambio radical en las estructuras que no se apoya en valores objetivos asimilados por la base. Para superar la incultura y desatar el desarrollo, se requiere también la tensión del esfuerzo y la violencia personal de la superación. A medida que las comunidades y los sectores se vayan capacitando para realizar esta superación, se irán abriendo las puertas para arreglos más humanos y menos violentos. Esto supondrá comprensión del problema, apertura al diálogo y confrontación de las soluciones posibles. Quien no es capaz de dialogar, ¿podrá tener ideas claras, programas ponderados y soluciones viables? La mesa de negociaciones puede ser arma más eficaz que la simple violencia. Obliga a pensar, a estudiar los datos, a contrastar pareceres, a mejorar el futuro sabiendo cómo reestructurar el presente.

La toma de conciencia ha hecho caer en la cuenta de muchas violencias, omisiones e injusticias que no propician la paz. Esta percepción de la violencia —piensa David Hernández— irá en aumento en busca de una solución al desorden establecido, que en frase de Mounier, «llama orden social a lo que es desorden, y paz a lo que es tranquilidad en el desorden». Cuando las instituciones impiden grandes grupos y en forma permanente el ejercicio de derechos fundamentales, o las estructuras mismas de la sociedad se vuelven contra el hombre porque impiden o incapacitan a grandes sectores para su

desarrollo, se da un verdadero estado de violencia y una auténtica agresión que debe revolucionarse socialmente.

En el caso repetidamente constatado en las naciones hispanoamericanas, con sus grupos de políticos y privilegiados que hacen las leyes que les convienen, que poseen enormes extensiones de tierra que no cultivan, que marginan al trabajador y al indio porque su depresión les favorece para compensar la desproporción numérica, que han declarado intocables las instituciones y estructuras actuales, aunque su existencia sea la negociación del bien común. *El vigor con que se cuestiona esta situación aumenta a medida que avanza la socialización y el sentido de dignidad se integra en la cultura popular, Las reacciones serán cada día más frecuentes, lo que es un buen síntoma, con tal que se cuide su trayectoria.*

Conviene recordar, en todo caso, que no faltan voces—cada vez más numerosas—que proclaman a los cuatro vientos la trascendental importancia que entrañaría la hipotética unidad de los pueblos hispanoamericanos. En efecto, «la unidad de América Latina significará también un aporte decisivo a la defensa y la integridad de sus países. La defensa ya no es problema de una sola nación. Así lo han reconocido las principales potencias, que desde la conclusión de la Segunda Guerra Mundial forjan renovadas y ampliadas alianzas, a fin de prevenir acontecimientos frente a los cuales sólo es eficaz la suma de las fuerzas individuales. Multitud de siglas (NATO, SEATO, etcétera) dicen de esas alianzas. *América Latina unida habrá creado una de las más importantes organizaciones defensivas del mundo, sin necesidad de pactos de defensa que son mirados con desconfianza por sus pueblos, sin intervenciones internas de la OEA ni discutidas creaciones de una fuerza multinacional.* América Latina, unida, quinta superpotencia mundial, con Estados Unidos, la Unión Soviética, Europa Unida y China roja, podrá ser el aporte decisivo en las disputas mundiales» (7). Enunciar la unidad de América Latina suena, para muchos, a fantasía o a inalcanzable anhelo. Sin embargo, tal vez no hay en el mundo de hoy un objetivo de tal dimensión cuyas condiciones previas estén mejor dispuestas. Falta el impulso. Pero se trata—algo de esto nos advierte el profesor Hernández Sánchez-Barba en uno de sus últimos libros (8)—de un ideal prefigurado por hechos tangibles, por la historia, por la geografía, por la economía, por las necesidades culturales, por los intereses de los países que la integran...

b) EL AUTÉNTICO SIGNIFICADO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Es evidente, y tenemos que dolernos de ello, que los grandes estudiosos de la ciencia política han rehuido siempre dar cima a una tarea que se nos antoja importantísima: el análisis psicológico de las grandes revoluciones políticas que se han sucedido en nuestro siglo. Desafiamos al lector de estas líneas a que inicie la busca, a que realice el pertinente acopio bibliográfico, a que recopile, en número considerable, libros, monografías y estudios en los que, con la adecuada seriedad científica, se emprenda el análisis que demandamos. Bien sabido es, y no descubrimos absolutamente nada nuevo al enunciar esta situación, que los procesos revolucionarios suelen cambiar su rumbo con pasmosa facilidad, es decir, que las revoluciones difícilmente son fieles a su propia programación. Una revolución obedece, la más de las veces, a múltiples motivaciones. En efecto, no toda inadecuación —jurídica, social, económica o política— origina una situación revolucionaria. Para que ésta exista, «debe añadirse la nota de incapacidad de adaptación, sea por endurecimiento de la autoridad o demás instituciones, sea por su desarticulación o desmoronamiento». A la conciencia de la inadecuación —ha dicho un prestigioso autor (9)—, se une la voluntad de intervenir para superarla. Se origina así, una tensión autoridad-masa que quiere el cambio, que lo exige; es decir, el movimiento revolucionario que a su vez puede ser pacífico o violento.

Profundicemos aún más, dado que, como seguidamente podremos observar, ha existido un proceso revolucionario —la célebre Revolución mexicana— terriblemente incalificable. Para David Hernández, lo mismo que para no pocos estudiosos de la ciencia política, existen dos clases de movimientos revolucionarios: los auténticos y los inadecuados. La revolución auténtica —manifiesta— se inspira en una ideología y subyace en ella una estructura ideal de la sociedad. Esto diferencia la revolución de la sedición. Esta se realiza con una finalidad más limitada, minando la autoridad y dificultando su actuación. Se diferencia también de la rebelión, en que ésta es simple levantamiento contra la legítima autoridad y sólo de sectores aislados. La revolución «es un cambio deliberadamente producido, responde a una ideología, a una planificación, es rápido y radical y se refiere a todas las estructuras básicas (políticas, jurídicas, sociales y económicas); cambio, por consiguiente, rápido, profundo y global de las estructuras

vigentes. La revolución puede ir acompañada de insurrección, pero no necesariamente lo es». Hay dos momentos claves en ella: la ruptura radical de las estructuras vigentes; y el momento de la elaboración de un nuevo orden. El primero es rápido, casi un corte en la historia para re-empezar. La preparación del nuevo orden no debe eternizarse so pretexto de «provisoriedad». Si la revolución es un «cambio» en el sentido dicho, lógicamente termina con la instauración del «nuevo orden».

Para que el nuevo orden implantado por la revolución no se anquilose, necesitará adecuarse dinámicamente al desarrollo de la sociedad, según el espíritu y plataforma ideológica que motivó la revolución.

Cuando hay un gran retraso en esta adaptación continua, viene el desajuste y se presenta la inadecuación que provoca a su vez el nuevo impulso revolucionario.

En América Latina —se afirma con notoria frecuencia—, más que revoluciones —al estilo clásico— se dan *cuartelazos, sediciones, rebeliones, guerrillas, revueltas*, etc. Con excepción de México, Bolivia y Cuba, en que las revoluciones inicialmente fueron auténticas, pero luego se contaminaron. «Por lo mismo que la revolución violenta es una muestra de desajuste y no de madurez, los resultados no han sido felices. La evolución mexicana se ha agotado, la boliviana se ha arruinado —por lo menos provisionalmente— y la cubana ha sido traicionada.»

Puede, pues —a la vista de cuanto antecede—, afirmarse que en Hispanoamérica la revolución, en sentido riguroso, no llega jamás a darse —México y Cuba son dos excepciones muy cualificadas—. Y el hecho de la precariedad revolucionaria hay que imputarlo, entre otras muchas cosas, a una especialísima e inequívoca circunstancia, a saber: que *toda revolución, para ser plenamente eficaz, necesita de la mano de un hombre extraordinario*. Dicho con otras palabras: las revoluciones no actúan mágicamente. Son los hombres que las provocan los responsables de su éxito o de su fracaso. Instalar la revolución definitiva o intentar prematuramente su realización violenta, es declarar de antemano el fracaso de la revolución; o extender el certificado de la instalación de una dictadura, o de la inmadurez e infantilismo de un pueblo que no estaba preparado para la empresa difícil de una revolución auténtica. Es cuando la revolución degenera en revuelta; simple cambio de guardia de una oligarquía a otra.

La generalidad de los comentaristas políticos han considerado, al

ocuparse del tema que aquí y ahora nos preocupa, que la Revolución mexicana de 1910 es el más inconmensurable ejemplo en su especie. Un proceso únicamente superado por la no menos célebre Revolución francesa y, acaso, por la soviética de 1917. Fue, se ha dicho, una revolución auténtica, hecha por el pueblo y para el pueblo, para cambiar radicalmente todo el sistema económico y social. Por lo menos esa fue la intención inicial, aunque faltara una ideología madura y una planificación articulada para su realización. Fue un hito en la historia de Iberoamérica, que se adelantó incluso a la revolución bolchevique de octubre. Tuvo, ha dicho un autor (10), pocos imitadores en las Repúblicas hermanas, en donde conservadores, liberales e Iglesia, pertenecientes a los grupos privilegiados, mantenían el *statu quo* que los favorecía y reprimían con relativa facilidad cualquier intento de modificación de las estructuras injustas tradicionales.

No faltan los estudiosos que ven, creemos que acertadamente, en algunas de las «realizaciones» político-sociales de nuestros días claras reminiscencias heredadas del impacto revolucionario mexicano. En efecto, ha escrito recientemente el profesor Hernández Sánchez-Barba (11), resulta evidente la enorme importancia nacional que la Revolución iniciada en 1910 tiene para México, pero a condición de que se tenga en cuenta su indudable vinculación con los procesos precedentes de Independencia y Reforma. Tal proceso, del cual la Revolución es sólo una fase, centra su importancia en que fue una objetividad espiritual integrante en grado eminente de la cultura política mexicana, en cuanto creó un sentido de identidad nacional y una responsabilidad comprometida con toda la entidad nacional, que ha quedado reservada como paralela privativa de los componentes del núcleo fundamental de la política mexicana que es el PRI. Que, al mantener a ultranza la dirección política del país, firmemente encauzada hacia un modelo económico de crecimiento, ha tenido—obligada e inexorablemente—que pactar con los grupos económicos, financieros, industriales, cuyos intereses se conectan más inmediatamente con los resultados del modelo económico de crecimiento. Así ha sido posible que el PRI—y el sistema presidencialista desenvuelto en su estela—haya podido mantener su unidad y su acción.

Por otra parte—subraya el profesor Hernández Sánchez-Barba (12)—, «la evolución mexicana ha tenido un valor de enorme entidad en una consideración global del continente de habla hispana; proporcionó un valioso ejemplo, a escala continental, de las posibilidades que encierra el nacionalismo utilizando las dos formidables

palancas de las reformas y, sobre todo, de las nacionalizaciones. Tal ejemplo persistirá durante toda la historia contemporánea de Hispanoamérica y hay que colocarlo, necesariamente, en la base de cualquier interpretación o análisis que quiera hacerse sobre el desenvolvimiento histórico de los distintos países componentes de la comunidad espiritual hispánica. No quiere con ello afirmarse una posición de índole pasiva, defensiva o contemplativa de las distintas individualidades nacionales hispanoamericanas. Por el contrario, el ejemplo tiene validez paradigmática en todo el continente».

En todo caso, a pesar de cuanto en líneas precedentes queda indicado, ante nosotros tenemos planteada una interrogante que angustiosamente demanda una contestación: ¿En qué radica la grandeza doctrinal de la Revolución mexicana? No es fácil, como a primera vista pudiera parecer, el exponer la contestación adecuada. No se trata de estudiar o de analizar determinados movimientos estratégicos ni tampoco, por supuesto, las razones que a flor de piel, sentidas y padecidas por el pueblo mexicano, desembocaron en sucesos más o menos sangrientos. Tampoco se trata de seguir de cerca la línea biográfica, el heroísmo o la ceguera de los hombres que la hicieron posible. Todo esto forma parte de la anécdota de la Historia. Se trata, eso sí, de indagar el sentido, el matiz y las ocultas razones que, efectivamente, han tamizado a la Revolución mexicana con esa aureola que discurre entre la realidad y la leyenda .

Por lo pronto, pensamos —y no creemos que la exposición de esta tesis incida en la exageración—, que la Revolución mexicana es, sin ninguna clase de duda, uno de los acontecimientos más importantes y trascendentes que tuvieron lugar en el primer cuarto de siglo. Veamos algunas de las causas que justifican el porqué de nuestra dogmática aseveración. *Estamos, en presencia —quíerese o no— de una de las escasas peripecias revolucionarias de innegable matiz espontáneo.* Justamente, ha escrito Stephen Clissold (13), «los escépticos se preguntarán tal vez si el amplio interés actual por la planificación económica no acabará siendo tan ilusorio como el interés que mostraron las generaciones anteriores por las constituciones políticas. Cabría citar el acontecimiento más importante que se produjo en la historia de Latinoamérica durante el primer cuarto del presente siglo —la Revolución mexicana— como algo totalmente ajeno a cualquier idea previa, tanto constitucionalista como planificadora o teórica. Parece contradecir esto a aquella sentencia de Napoleón, según la cual una revolución es una idea que ha encontrado bayonetas que la

apoyen, y también al principio leninista de que ninguna revolución puede darse sin una ideología revolucionaria».

Nos quejamos al principio de este apartado del hecho, harto notorio, de que, por regla general, los estallidos revolucionarios son muy deficientemente estudiados desde la perspectiva esencialmente psicológica. Reiteramos ahora, una vez más, la queja al contemplar la circunstancia humana que rodeó a la Revolución mexicana. No entremos en los pormenores de si hubo o no hubo disquisiciones ideológicas previas. Es innegable, ciertamente, que constituyó una especie de llamada general que apenas si fue desoída. Para demostrar lo cierto de esta afirmación, el autor anteriormente citado por nosotros —el profesor Stephen Clissold—, inteligentemente recurre al testimonio de los grandes novelistas mexicanos y, tras el análisis de algunas de las obras más notorias, llega a la conclusión —como seguidamente veremos— de que la Revolución mexicana, durante el proceso de su desarrollo, supuso una especie de segunda naturaleza del pueblo mexicano.

En efecto, manifiesta el profesor Stephen Clissold (14): «la atmósfera de confusión y de violencia, al parecer sin sentido ni finalidad, que caracterizó la primera fase de la Revolución mexicana ha sido reflejada con viveza en la famosa novela de Mariano Azuela (1873-1952) *Los de abajo* (1916). Vemos en ella cómo los hombres se agitan, movidos por toda suerte de rastros afeanes, en un inmenso conflicto que no pueden ni comprender ni controlar. *La revolución, dice uno de los personajes, es como un huracán que te arrebatara y zarandea como a una hoja seca; es, dice otro, como un volcán en erupción, y este mismo declara: "Amo la Revolución como amo al volcán que irrumpe. Al volcán, porque es volcán; a la revolución, porque es revolución."* Azuela, lo mismo que los novelistas que han hecho la crónica de las dos guerras mundiales, quedó desconcertado ante la sinrazón y los estragos de la guerra y al ver cómo reduce a los hombres al nivel de las fieras. Su héroe es un campesino que se eleva hasta llegar a ser general revolucionario antes de que a él también le maten. El fuerte realismo de la acción no es contrarrestado por visión alguna de los beneficios sociales que consigue el país una vez terminada la lucha; sólo se nos presenta las llamaradas de la destrucción, no la luz irradiada por la revolución una vez extinguidos los fuegos. Trátase de una novela pesimista, casi diríamos antirrevolucionaria; mas no por eso deja de ser la pintura más auténtica, realizada con artístico despegue y fidelidad de observación, del gran alzamiento de México, "hermoso aun en su barbarie". Incluso desde el punto de vista

de la generación presente, los escritores mexicanos pueden ver todavía su revolución sin sentimentalismos. La novela de Carlos Fuentes titulada *La muerte de Artemio Cruz* (1962) nos presenta a un inmisericorde general revolucionario que no ha seguido siendo uno de los "abandonados de la fortuna", sino que ha sacado excesivo partido para sí de la revolución; sin embargo, como su pasado es claro y su conducta probada, hemos de concluir que la personalidad humana y la revolución misma son cosas demasiado complejas para que se las juzgue en los términos simplistas de blanco o negro...».

¿Cómo definir a la Revolución mexicana? La tarea no es, ni mucho menos, fácil. Se han hecho muchas tentativas diferentes—sugiere el profesor Stephen Clissold— para definir la naturaleza de la Revolución mexicana y explicar sus orígenes. En lo que todos están de acuerdo es, por lo menos, en subrayar su carácter específicamente mexicano. Fue anterior a la Revolución rusa, y no la produjo ninguna ideología incendiaria de procedencia europea. *Fue más bien una reacción nacionalista contra las ideas europeas encarnadas en el positivismo y contra las influencias extranjeras que dominaban en el régimen de Porfirio Díaz.*

La Revolución vino a manifestar que urgía llevar a cabo la reafirmación de los valores mexicanos sobre los valores extranjeros; estalló, según el poeta Octavio Paz lo ha señalado en su penetrante ensayo *El laberinto de la soledad*, «como una verdadera revelación de nuestro ser... Gracias a la Revolución, el mexicano quiere reconciliarse con su historia y con su origen».

Hoy, luego de no pocos estudios y conjeturas, está perfectamente claro que *la Revolución mexicana fue, pues, un movimiento a la vez nacionalista, pro indio, social y agrario.* Mas tampoco son suficientes estos términos para definirla, puesto que la Revolución se hizo sentir no menos poderosamente en otros campos, tales como el de las artes y el de las letras. Es significativo que 1910, año en el que comenzó la rebelión política, fue también el año de la gran revelación del arte mexicano. Todo esto, ciertamente, hace más problemático el proceso socio-político al que nos referimos. Cuando menos, conviene destacarlo, Hispanoamérica nos ofrece el magno ejemplo de que la generalidad de sus líderes políticos, sus más cualificados conductores de masas, han sido hombres de extremada y envidiable sensibilidad intelectual. Volveremos, más adelante, sobre esta excepcional condición.

c) ¿EXISTE UN MARXISMO DE INDIAS?

Nos ha llamado siempre la atención el espíritu de serenidad y de aparente despreocupación con el que la generalidad de los líderes políticos y los hombres más representativos de determinados movimientos socio-políticos hispanoamericanos se pronuncian respecto de la incidencia marxista. Con rara unanimidad de criterio convergen en afirmar el escaso peligro que la ideología marxista, en cualesquiera de sus habituales manifestaciones, implica para los pueblos hispanoamericanos. Y, no obstante, no podemos olvidar —algún hombre prudente se encarga de recordárnoslo (15)— que la especialísima situación de América Latina puede llevar a distintos estallidos, diversos tipos de rebeliones violentas, síntomas del malestar angustioso de las sociedades enfermas. Pero la subversión comunista no sería un síntoma, sino cosa muy distinta: un movimiento de piezas en la estrategia política internacional. La doctrina comunista es, por muchas razones, la que tiene hoy el mayor prestigio entre los disconformes de todo el mundo; pero en el enfrentamiento por el poder mundial que sostienen los Estados Unidos y la Unión Soviética, la ideología no es más que un pretexto para la propagación política. Para encontrar un antecedente es preciso remontarse a la expansión política de los árabes, que encontró en la doctrina de Mahoma la mejor justificación para emprender la conquista del mundo.

Desunida, empobrecida y frustrada, América Latina no se encuentra hoy ante una libre elección. El comunismo se presenta ante sus masas como una salida —no importa si irreflexiva— a todos los problemas de frustración individual y colectiva, y usurpa el prestigio de un régimen que fuera esencialmente justo. En efecto, para millares de intelectuales, artistas y profesionales, necesitados de una fe en algo trascendente, se convierte en un cartabón espiritual infalible.

No obstante cuanto queda dicho, tesis que apoyamos en cuanto observamos en la vida diaria, no son pocos los estudiosos y agudos conocedores del tema que inciden en afirmar, entre otras muchas cosas, que en rigor «la organización militante comunista no es de suyo importante en Hispanoamérica; pero el aparente rigor doctrinal con que el marxismo aborda todas las cuestiones, tiene necesariamente que resaltar en un continente donde reina la mayor de las confusiones ideológicas; sus permanentes llamadas a la acción —con lo cual están cumpliendo las consignas de perturbación del orden, típicas del comu-

nismo internacional—han arrastrado con frecuencia a los hispanoamericanos hacia la aventura política, por otra parte propiciada por tradición y carácter. Por todo ello—y por sus atractivos programas, como por las gigantescas realizaciones soviéticas, que ejercieron un gran influjo sobre las cándidas masas de todo el mundo y la eficacia de sus sistemas propagandísticos—la dialéctica marxista ejerció una profunda influencia en Hispanoamérica desde los años inmediatos a la terminación de la Primera Guerra Mundial. El elemento de todo su conjunto doctrinal que hubo de ejercer una mayor profunda influencia fue, necesariamente, por todo cuanto ha quedado explicitado, su teoría anticapitalista y su desbordante propaganda contra el "imperialismo capitalista", frase que parecía acuñada expresamente para extenderla por Hispanoamérica, con la seguridad del éxito más considerable» (16).

Para otros autores, los que militan dentro del más estricto academicismo, difícilmente se imaginan la flexibilidad con la que el marxismo se adapta a cualquier circunstancia. No faltan, pues, determinados estudiosos que, tras el pertinente examen comparativo entre el ámbito europeo e hispanoamericano, llegan a la conclusión de que el marxismo bajo ningún concepto puede ser trasplantado al ámbito vital de los pueblos de allende los mares. Recientemente, en un número monográfico dedicado al examen de la problemática socio-política presente de América Latina (17), se nos indicaba, confirmando una vez más la veracidad de nuestra tesis, lo siguiente: «Debe quedar claro, sin embargo, que en la situación latinoamericana la génesis y vigencia del problema social no coincide con la continuidad evolutiva del planteamiento marxista. Este, por su determinación económica, cae en la reducción del economicismo. Por el contrario, la superposición cultural y sus derivaciones—proyectadas en escisiones en los diversos planos, incluyendo el económico—nos llevan a visualizar el problema desde un ángulo mucho más global. El marginal latinoamericano se halla en discontinuidad respecto de la totalidad del sistema de la sociedad instalada y del «proletariado» que ella engloba. No se presentaba así la situación europea del siglo XIX. La situación del marginal es mucho más análoga a la relación que existía entre una colonia africana y su metrópoli europea, que a un sistema de nación-estado, aun plagado de contradicciones reflejadas en luchas de proletariado contra burguesía.

Tal enfoque global nos hace percibir a los marginales latinoamericanos (aun en sus sectores más transicionales) como globalmente

afectados por el fenómeno y a éste como polifacético, desbordando por todos lados la esfera de lo económico. Pero por lo mismo se impone la similitud entre el marginal y el subproletariado en una de las características fundamentales de éste: su radicalidad, es decir, su incapacidad para salir de su situación por sí mismo, por autodeterminación y autoorganización.

En resumen, en América Latina existe, por un lado, una sociedad hegemónica a la que pertenece el "proletariado", y por otro, un mundo marginal que no logra, por la dialéctica del rechazo, penetrar en el sistema. En contraste con el proletariado de la Revolución Industrial, el marginal latinoamericano no llega ni siquiera a constituir el estrato bajo del sistema. Esta "ubicación" que determina la radicalidad de la marginalidad hace que el marginal no tenga posibilidad alguna de encarar sólo una lucha como la que sostuvo el proletariado europeo.»

Sin embargo, conviene advertirlo, quien observe con radical espíritu de objetividad el actual panorama hispanoamericano, en donde tantas y tan importantes cosas resultan conflictivas, perfectamente podrá intuir que Hispanoamérica, muy pronto, entrará en su hora decisiva. Una hora en donde, salvo que acontezca un milagro, los marxistas van a jugar un preponderante papel. Ciertamente, al parecer, se está llegando a la situación límite. Por eso mismo, pontifica un estudioso cuyo pensamiento es preciso tenerlo muy en cuenta —nos referimos al destacado intelectual argentino Jorge Abelardo Ramos (18)—, «en los próximos veinte años América Latina atravesará un torrente revolucionario que deberá poner fin para siempre a la expoliación imperialista. El crecimiento demográfico es irresistible y pondrá al pueblo latinoamericano ante la disyuntiva de extinguirse por hambre o de hacer la revolución para vivir. *Cada año que pasa ingresamos más profundamente en la decadencia biológica, el atraso y el analfabetismo.* No hay poder humano, ni mucho menos el poder burocrático de las oficinas de la CEPAL, la FAO o la UNESCO, esos grupos de recomendadores de oficio que estudian la gangrena con delectación, capaz de poner freno a la decadencia de América Latina, que alcanzará en el próximo cuarto de siglo la frontera de los 600 millones de habitantes. O decadencia biológica o revolución. La revolución, compañeras y compañeros, no se encuentra, me decía un compañero peruano, como pretenden encontrar yacimientos de oro algunos ávidos buscadores de minas, que sueñan con descubrir el oro amonedado. La revolución tampoco nos dará el oro amonedado. Vendrá mezclada con piedra, arena y escoria. Un revolucionario

verdadero debe distinguir el oro de la escoria, debe distinguir entre los contendientes y ubicarse entre aquellos que luchan realmente contra el imperialismo para evitar encontrarse junto al bando de los que luchan, aun sin quererlo, a favor del imperialismo. *Un revolucionario verdadero, y mucho más si se proclama marxista, debe elegir entre el oro y la escoria, es cierto, pero debe saber rechazar la escoria y quedarse con el oro, pues hasta hoy viene ocurriendo exactamente lo contrario.*»

Cuando en la actualidad se habla de un marxismo latinoamericano es evidente, y no es menester el realizar mayor comentario, que con esa expresión se hace referencia al marxismo traducido, adaptado y acomodado por ciertos líderes políticos. Hay productos que al ser trasladados de un lugar a otro pierden su esencia, su prestancia y su brillo natural. Esto acontece con la ideología marxista cuando, lamentablemente, alguien tras ímprobos esfuerzos la deposita en la arena de las playas hispanoamericanas. El doctor Jorge Abelardo Ramos, que como politicólogo en absoluto peca de falta de inteligencia, ha escrito en uno de sus libros más apasionadamente leídos lo siguiente: «La grande Europa nos envió, entre los variados productos de su ingenio, su mayor proeza intelectual: nos envió el pensamiento marxista. Pero lo recibimos como un producto terminado y así lo adoptamos, sin adaptarlo a nuestras particulares condiciones históricas y sociales. De ahí que sea necesario, en consecuencia, reconquistar el marxismo para los latinoamericanos. Por eso se impone emancipar al marxismo de la tutela europea que le imprimió históricamente su sello, para que pueda cumplir su papel de doctrina emancipadora. Naturalmente, esa tarea no es algo abstracto, sino que se vincula con los problemas ardientes que nos rodean en cualquier lugar de América Latina. Cuando una doctrina se transmuta en actos aparece la política. Y la política es la única actividad productiva nacional que el imperialismo ha dejado a los latinoamericanos, porque se ha reservado para sí mismo todas las restantes. La política domina la vida latinoamericana, justamente, porque es el resultado de su atraso histórico, atraso que empuja hacia la política a inmensos sectores de la población, conscientes de que sólo ella puede poner fin a ese atraso...» (19).

Es curioso el advertir el hondo y significativo proceso que tiene lugar en alguna que otra zona hispanoamericana cuando, en efecto, se denota la presencia de los primeros matices de ideología marxista. Comienza entonces el gran experimento, surge a la intemperie la vana ilusión de que, efectivamente, la miseria, el atraso o la frustración

pueden superarse con un simple cambio de ideología, de doctrina, de principios políticos. Cada vez que se intenta establecer una estructura marxista en tierra hispanoamericana, excepción hecha de lo acontecido en Cuba, en donde jugaron no pocos intereses, el experimento está condenado al fracaso. Pensamos, y no creemos estar equivocados, que el marxismo no tiene razón de ser en Hispanoamérica, y no lo tiene por un motivo muy concreto: por el hecho de que Marx no pensó jamás para nada en Hispanoamérica y, sobre todo, porque el gran enemigo de los pueblos hispánicos no lo constituye un fantasma, sino, por el contrario, una realidad perfectamente controlada: el imperialismo. Toda instalación marxista realizada en Hispanoamérica ha dado lugar, y no es menester citar los tristes casos que todos tenemos en el recuerdo, en infamantes formas de dependencia muchísimo más graves aún que cualquier estructura imperialista. Marx, pues, es un espíritu muy distante... Y esto mismo no se atreven a negarlo, como en el explícito caso del doctor Jorge Abelardo Ramos, ni los más fieles enamorados de la doctrina. Traducir, adaptar y acomodar, con riguroso sentido histórico político, el pensamiento de Marx es algo que, después de todo, no compensa. He aquí, un poco entre líneas, la sincera confesión del autor que acabamos de citar: «Conviene, pues, retornar a los puntos de vista del marxismo en la medida en que el marxismo enseña o debería enseñar a pensar con precisión, si es que hablamos de un marxismo genuino, vivo y en desenvolvimiento, no concluido y nutrido de la realidad específica de América Latina. Pero al mismo tiempo *es necesario tomar distancia ante el peligro de su sacralización y de un respeto servil que impida justamente lograr lo que el marxismo se propone: la independencia, la soberanía espiritual y social del pueblo latinoamericano y de la humanidad en general.* Recordemos que Marx fue un europeo genial, pero europeo al fin, condicionado por el estado de los conocimientos, los códigos éticos, los prejuicios de su época y la cultura general de la Europa del siglo XIX. Nosotros no podríamos seguir a Marx en todo cuanto escribió y pensó a lo largo de su vida prodigiosa. Naturalmente que no podríamos seguirlo, por ejemplo, en sus opiniones sobre Bolívar. Según se sabe, Marx juzgaba a Bolívar como un «miserable canalla», al que no podría compararse nunca con Napoleón I, un militar que habría sido derrotado en todas las batallas que libró, salvo aquellas en que sus oficiales ingleses salvaron la suerte del combate. Esa era la opinión de Marx, pero no es la nuestra. Marx opinó también, con cierta extensión, en sus estudios sobre la penetración británica en la India,

que el capitalismo inglés del siglo XIX, al destruir las viejas artesanías hindúes mediante la introducción del ferrocarril y los artículos manufacturados en Gran Bretaña, creaba las condiciones técnicas para la incorporación de la India a la producción capitalista. En otros términos, que la destrucción de la economía natural hindú, por la circulación de mercancías importadas, suponía el desarrollo del capitalismo hindú, no la anexión de la India al mercado mundial como provincia agraria colonial, que es lo que en realidad ocurrió» (20).

Decididamente puede afirmarse, y somos plenamente conscientes de lo aventurado de esta consideración, que el marxismo difícilmente arraigará en el corazón del hombre hispanoamericano. El marxismo tiene todavía que explicarse a sí mismo muchísimas cosas. He aquí, por ejemplo, la más importante y sobre la que se ha posado desde tiempo inmemorial todo un cúmulo de oscuridad: ¿Es la persona el principio de toda verdadera revolución? *Si se niega a la persona, ha escrito no hace mucho tiempo Carlos Santamaría (21), se destruye a la larga toda posibilidad de revolución auténtica, porque faltan los valores morales y los objetivos sociales de justicia y transformación de la sociedad por los que verdaderos revolucionarios están dispuestos a dar la vida.* Hispanoamérica, en todo caso, lo que pide, lo que urgentemente solicita, lo que inaplazablemente demanda, es una mayor atención al hombre y no, como siempre acontece, un trato preferencial a sus instituciones.

Llegados a este extremo es preciso subrayar dos cosas, a saber: que mucho antes que las revoluciones armadas, mucho antes que los levantamientos antilegales y mucho antes que los cambios externos de estructuras, Hispanoamérica o América Latina —empléese la expresión que más acomode— necesita con urgencia la revolución interna del hombre mismo, de sus valores, de sus criterios, de su conciencia (22).

En todo caso, como es bien sabido, ni el marxismo ni ninguna de sus variantes sinfónicas más próximas prospera en aquellos paisajes humanos donde cada individuo siente que puede realizarse en todos los planos sin abdicar de su dignidad ni de su derecho a pensar libremente. Ahora bien, subraya un prudente autor (23), sería un acto de ingenuidad inadmisibles el pensar que la amenaza no pende sobre las latitudes geográficas hispanoamericanas: «Nuestros pueblos —escribe—, faltos de una tradición secular como la que poseen los europeos, están menos defendidos. El comunismo tiende a sustituir un ideal perdido; aquel que todo ser humano alienta, aunque sea en una forma

no razonada. Hombres y pueblos tienen una tendencia irresistible a trascender, a realizarse por medio de una vida individual o común que no sea la puramente biológica. Muchas veces el comunismo cumple el papel de este ideal vacante. Los guerrilleros no son siempre activistas o aventureros; en no pocos casos son idealistas que han equivocado el camino.»

Por eso mismo, a la vista de cuanto queda indicado, bien puede afirmarse que la historia latinoamericana, después de la independencia, no es sino el monótono recuento, a veces medido con un isocronismo de oscilación pendular, de caóticos ensayos de libertad y de largas y regimentadas opresiones. Esto ha creado —piensa Uslar Pietri (24)— desprestigio e incredulidad hacia la posible democracia latinoamericana. Puesto que, efectivamente, los partidarios de los sistemas dictatoriales, en nombre del proletariado o de cualquiera otra deidad remota, aprovechan esas debilidades y esas fallas para acusar de anacrónica e ineficiente la llamada, con irónico calificativo, *democracia formal*. Lo que es realmente cierto, y nadie se atrevería a ponerlo en duda, es que Hispanoamérica, en estos momentos, vive bajo la opresión de dos fuegos: *el marxismo* —cuya amenaza es manifiesta, como hemos visto— y *el imperialismo*, que, como es bien sabido, amenaza directamente la soberanía territorial, la economía, la política y hasta la cultura de los pueblos hispánicos.

d) LÍDERES Y MOVIMIENTOS POPULISTAS

Todo en Hispanoamérica se agiganta y se hace conflictivo, pero especialmente en el área política, en donde los más diversos problemas parecen sucederse vertiginosamente. Por lo pronto, uno de los problemas o situaciones que todavía no se han superado —y no existen en el horizonte signos que nos induzcan a pensar lo contrario— es el referente al empleo adecuado de las expresiones «gobierno» y «política». Con no poca razón, un profundo conocedor de la realidad hispanoamericana —el profesor Hernández Sánchez Barba (25)—, en uno de sus últimos libros sobre el tema que nos ocupa ha dicho lo siguiente: «Durante siglos, el ejercicio del poder se ha confundido en Hispanoamérica con el gobierno y la política. Ese poder, además, se ha configurado sin limitaciones y adquirido un aire fatal de suficiencia personalista; el poder no ha sido dividido y muy difícilmente ha necesitado justificación ante la representación de la comunidad polí-

tica; se carece, casi de un modo absoluto, de un mecanismo eficaz de transmisión. Todo ello afecta al destino comunitario, ocasionándole verdaderas dislocaciones, ya que al transformarse en una instancia de fuerza e inexorabilidad una parte simple del conjunto y organizar un verdadero vector dialéctico propio, surge entre las instancias intencionales que le corresponden en el destino comunitario y todas las demás una verdadera distensión; en cuanto dicho vector alcanza independientemente la fase dialéctica transicional, la mutación empírica que afecta a las instancias intencionales respectivas del destino comunitario origina que en éste se disloquen otras instancias intencionales en funcionalidades tendentes hacia ideales existenciales distintos. Este supuesto de crisis histórica produce una verdadera inestabilidad estructural, un característico confusionismo, una ausencia de operatividad y de eficacia, de funestas repercusiones en el conjunto político, por la multiplicidad de las tendencias que, por ser de fundamento ideológico, casi siempre supuso una evasión de la realidad, que debe ser el cimiento básico en la construcción de todo sistema político.»

Es cierto, y conviene desplegar al máximo toda cautela y prudencia, que el campo de las ideologías socio-políticas que campean en los diversos países hispanoamericanos, casi nunca se han caracterizado por su nitidez. Existe una especie de oscuridad que envuelve a los hombres, las ideas y las instituciones de forma equívoca, dándonos la impresión, en no pocas ocasiones, de encontrarnos transitando por las galerías de un inmenso laboratorio en donde todo resultado final es posible. Se habla de democracia, de dictadura, de socialismo y, al mismo tiempo, de líderes políticos de corte clásico, de estirpe romántica, de héroes surgidos del y para el pueblo... Cuesta muchísimo trabajo el hacerse a la idea de que cuanto contemplamos en la vida común hispanoamericana, en cuanto afecta al tema debatido, es, por regla general, lo normal.

Hispanoamérica, nunca nos doleremos bastante de este hecho, que ha tenido —y tiene— las coyunturas más óptimas para resolver de una vez por todas sus problemas más acuciantes, parece, efectivamente, estar condenada eternamente a la frustración. Profundicemos, siguiendo de cerca algunas anotaciones cursadas por ese excepcional y penetrante pensador venezolano que es Uslar Pietri (26), en algunos aspectos de la realidad social, económica y política de la vida hispanoamericana: «La América Latina, dentro de ese mundo que ya es más que un esbozo de lo posible, constituye una de las mayores reser-

vas de espacio geográfico y de recursos naturales. Agua, tierra, minerales escasos, energía, todos los climas, todas las potencialidades para la agricultura y para la industria y una población que en esos mismos años pasará de los trescientos millones actuales a más de seiscientos, con una misma cultura, una misma formación histórica y casi una misma lengua. Pero con todo eso, sin embargo, es visible que no ha sabido hasta ahora o no ha podido aprovechar esas posibilidades de poder y sumar todas sus potencialidades. Dividida, atezada por el atraso, perturbada por la inestabilidad política, parece debatirse sin rumbo, sin clara conciencia ni de sus posibilidades, que son grandes, ni de sus riesgos, que también lo son. *Su problema podría en una forma extrema reducirse al mal aprovechamiento de sus hombres y de sus recursos materiales. Parece importarnos más la teoría política que la realidad productiva, la emoción social que el progreso económico, la palabra revolución que la palabra creación.*

Quien observe la América Latina de nuestros días con ojos libres y desapasionados no puede dejar de advertir esa desproporción entre el propósito y el resultado, entre los objetivos ideológicos y las posibilidades reales, entre los requerimientos primordiales del mundo que está surgiendo a nuestro alrededor o sobre nosotros y la forma en que estamos preparándonos para enfrentarlo y aprovecharlo inteligentemente. En la era del poder tecnológico pareceríamos estar dañinamente poseídos de una anacrónica mentalidad de guerra santa.

El panorama es de inestabilidad, de contradicción, de excesos teóricos y de flacas realidades. La más variada gama de regímenes parece ensayarse en estas tierras. Los resultados positivos no son muy distintos.

Sometida a las presiones y gravitaciones, casi mecánicas, de los grandes centros de poder que emergen en la actualidad, la América Latina no ha sido capaz de poner en marcha un verdadero proceso de cooperación para la ciencia, la tecnología y el desarrollo económico. *Pareciera importar más la política que el pan, y las palabras que el poder.*

La futura y definitiva división de la humanidad podría terminar por ser la que va a separar y distinguir el mundo organizado del desorganizado, el mundo creador del mundo del atraso, el de la ciencia y la capacidad productiva del de los hombres y los recursos baldíos.

No se trata de ninguna fatalidad geográfica irreversible, sino de una fundamental decisión que hay que tomar a tiempo. Ayer mejor que hoy, y hoy mucho mejor que mañana.»

Es cierto, y en estricta honestidad académica es preciso subrayarlo, que en Hispanoamérica todos los políticos juegan con las mismas posibilidades —positivas y negativas—, puesto que, salvo muy ligeras circunstancias, existe una raíz común para los mismos problemas que los pueblos hispanoamericanos tienen en estos momentos planteados, sometidos al correspondiente estudio, pendientes de solución... Es indudable que el subdesarrollo, en tanto inarticulación fundamental de la estructura económica de un sistema político, es un condicionante global esencial de cualquier proceso de cambio en América Latina; las insuficiencias que dicha situación comporta —ha escrito recientemente Fernando Moreno (27)— condicionan tensiones socio-políticas que al poner en cuestión el orden existente favorecen soluciones dictatoriales con la consiguiente instalación de grupos de poder generalmente tradicionales y conservadores (en el sentido propio de este término). Pero la existencia misma, por otra parte, de enormes diferencias en la situación de subdesarrollo de los distintos países latinoamericanos, aparece como un condicionamiento mayor en la concepción de proyectos y estrategias comunes a nivel de toda América Latina, y muestra, además, lo relativo a su unidad. En este sentido, la capacidad de los sistemas políticos nacionales de acceder a posiciones internacionales relativamente favorables (de autonomía relativa) encuentra limitación mayor tanto en las deformaciones estructurales que el subdesarrollo comporta, como en las importantes diferencias entre las situaciones de los distintos sistemas políticos nacionales que son condicionadas por las disparidades en el nivel, el potencial y el dinamismo de desarrollo de éstos.

El subdesarrollo condiciona así situaciones estructurales a nivel internacional que pueden ser calificadas como situaciones de dependencia, que a su vez son condicionantes de situaciones de subdesarrollo. Concretamente, la dependencia se refiere, en lo que toca a América Latina, a las posiciones desiguales (y capacidades desiguales) que ocupan los distintos sistemas políticos nacionales unos respecto de otros, y al tipo de relaciones estructuradas a partir de estas diferentes posiciones. En este sentido, la dependencia postula la existencia de un sistema histórico o, más bien, de un sistema de sistemas, dado que los *elementos* que lo componen son ellos mismos sistemas (nacionales). Por otra parte, la dependencia, en tanto dimensión estructural y factor permisivo, favorece una práctica histórica de dominación que traduce además, y esencialmente, una cierta *voluntad de ser*, la cual

constituye, directa o indirectamente, el factor causal por excelencia de la estructuración a la que la dependencia hace referencia.

Es lógico, por consiguiente, que en un Continente en donde tantas y tan múltiples concepciones ideológicas imperan —aun que cada una por su lado tenga que enfrentarse con idénticos problemas— no se carezca en absoluto de hombres representativos, de conductores de masas y de dirigentes en potencia que, en cierto modo, responden a los más extraños y seductores patrones: el líder clásico, el salvador de la patria, el dictador, el insoportable tirano, el héroe romántico, el idealista, etc. La aglomeración de hombres es imprevisible y, lo que aún es peor, inevitable...

La variedad de los actores sociales que nos ocupan aquí comprende, se ha apresurado a subrayar Fernando Moreno en uno de los estudios más completos y profundos que en los últimos tiempos se han trazado sobre la circunstancialidad política hispanoamericana (28), tanto actores individuales, por su carisma o sus cualidades personales, como grupos, instituciones y organizaciones. Así, parecería difícil no reconocer el papel personal de Fidel Castro en el proceso revolucionario cubano, o los de Camilo Torres y Ernesto Guevara, por ejemplo, en la dinamización de los procesos de guerrilla latinoamericanos; por otra parte, las «personalidades políticas» de corte más «clásico» (tales Perón, Frei y Allende), y que actúan a partir de las estructuras existentes (aun cuando para intentar su superación, no son menos importantes en este sentido, dada, además, la omnipresencia del fenómeno de personalización de poder en los procesos latinoamericanos en general. En cualquier caso, podría afirmarse que mientras menos estructurado es un sistema político, mayor tiende a ser la importancia del actor individual en cuanto factor personal; en cierto sentido, éste pasa a jugar así un papel directamente estructurante o, si se prefiere, aquí la coyuntura suple una carencia estructural. Casos tan diferentes como el de Haití y el de Argentina —considera lúcidamente Fernando Moreno— podría servir en esto de ilustración; pero aun en los casos de mayor estructuración política en América Latina, como es el de Chile, el factor personal tiene gran importancia también. En cuanto a los actores institucionales, tanto la Iglesia como el Ejército aparecen teniendo una importancia fundamental —nunca soñada hasta los momentos presentes (nos atrevemos a señalar)— para los procesos históricos de cambio en América Latina.

Así es, y nadie se atreve a desmentirlo, el papel desempeñado por algunos esclarecidos representantes de la Iglesia católica que, salvando

do las lógicas distancias, gozan hoy de tanta o más importancia que no pocos de los representantes de ciertas instituciones políticas constitucionales. En poco tiempo, por ejemplo, se han agigantado las figuras de los obispos Larrain, Valencia, Camara y Pironio entre otros muchos. Puede, pues, afirmarse que, efectivamente, «la Iglesia católica latinoamericana no ha cesado de actuar en una u otra forma como agente promotor y dinamizador de cambio social. En este sentido, la acción personal de don Manuel Larrain en Chile (obispo de Talca hasta 1966), de don Gerardo Valencia en Colombia (obispo de Buenaventura hasta 1972), de dom Helder Camara en Brasil (actual obispo de Recife), y Mons. Eduardo Pironio en Argentina (actual obispo de Mar del Plata y presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), por ejemplo, aparece mucho más como la acción de «hombres de Iglesia» frente a situaciones de marginalidad, de subdesarrollo, de dependencia y de dominación, que como el producto de sus carismas o cualidades personales, aun cuando éstas afirmen aquella acción».

Parece oportuno el indicar que el trabajo, el esfuerzo y el sacrificio realizado por los representantes máximos de la Iglesia hispanoamericana ha tenido, desde el primer momento, un objetivo claro y concreto: ser plenamente responsable. He aquí, entre otros muchos, un ejemplo extraído de los escritos pastorales de Mons. Eduardo Pironio. Manifestación harto elocuente y reveladora del papel que, en la actualidad, juega la Iglesia en el ámbito sociopolítico de los pueblos de allende los mares: «La Iglesia latinoamericana—escribe (29)—debe ser, de un modo especial, la Iglesia de la pascua. Se ha comprometido de un modo solemne a la liberación plena del hombre y de los pueblos. Se ha comprometido a realizar la pascua. Porque la liberación, entendida en su exigencia bíblica fundamental, es esencialmente un tema pascual. Con tal, sin embargo, que la entendamos en la totalidad religiosa y escatológica de Cristo y su Evangelio.

Por lo mismo, la Iglesia latinoamericana se ofrece en las exigencias pascuales de la pobreza, la libertad y la misión.

La Iglesia de la pascua no es precisamente una Iglesia «trionfalista» o «del poder». Todo lo contrario. Una Iglesia pascual es ante todo una Iglesia del anonadamiento y la crucifixión, la pobreza, la persecución y la muerte. Es la Iglesia de la esperanza y la alegría. Pero en la profundidad verdadera que da la cruz y el silencio. Porque hay un modo de perder el valor del sufrimiento y el sabor de la pobreza: sacarlos del ámbito sagrado de «lo secreto».

Para Mons. Pironio—cualquier otro obispo hispanoamericano ratificaría este punto de vista—, así lo testimonia en otro de sus escritos pastorales (30), la Iglesia latinoamericana no puede abdicar del compromiso adquirido: la defensa de una grave situación. «Nos hallamos frente a un hecho: *la aspiración legítima de tantos hombres y pueblos que ansian su liberación. Aspiración que surge de una conciencia cada vez más clara de la propia vocación original y de la dolorosa comprobación de diversas formas de servidumbres inhumanas.*

Corresponde a la Iglesia iluminarla desde su perspectiva pastoral y comprometerse audazmente en la liberación plena del hombre, a fin de que éste pueda ser verdaderamente el artífice de su destino, el realizador de la historia, el activo y libre constructor de su futuro.

Si la Iglesia no lo hace con las eficaces «armas del espíritu», lo intentarán otros por la desesperada violencia de la sangre.

Pero, evidentemente, no sólo ha sido la Iglesia católica latinoamericana quien se ha arrogado el cumplimiento de esta misión de paz, de concordia y de mutuo entendimiento. Evoquemos la acción sociopolítica de ciertos grupos de carácter universitario, cuya importancia en cuanto catalizadores de procesos de cambio en América Latina ha sido—señala un autor (31)—, sin duda, creciente; su acción, que se sitúa en cierto sentido en el marco de la Universidad-institución como agente histórico de cambio, tiende relativamente, por otro lado, a salir de este marco en la medida que los grupos universitarios adquieren especialidad (a partir de definiciones políticas en general) y dinámica propia. Se puede pensar, a este respecto, en los grupos universitarios argentinos de Córdoba, o los de Ciudad de México en México, estos dos últimos pareciendo constituir, en cierta forma, verdaderos movimientos sociales.

Mucho más radicales en su forma de proceder, por supuesto, nos encontramos con los llamados movimientos populistas. Grupos que, en sus comienzos—comienzos que cabe cifrar sobre la década de 1920—, surgieron bajo la experta dirección de prestigiosos intelectuales o artistas. El ejemplo más destacado fue el del Partido Comunista mexicano, que en un determinado momento llegó a reunir en su seno a tres de los artistas más representativos de México: Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Xavier Guerrero. En el Perú, el intelectual José Carlos Mariátegui, que llegó a alcanzar hondo prestigio en toda América Latina, fundó el Partido Socialista, y en Cuba, ciertamente, destacó la actuación del gran poeta Rubén Martínez Villena. Todos

estos grupos y otros muchos que no es preciso reseñar en profundidad fueron politizándose cada vez más intensamente. A finales de los años veinte y principios de los treinta, puede asegurarse con cierto tono dogmático, los intelectuales, los poetas, los artistas, etc., que se habían unido a los grupos políticos señalados comenzaron a abandonar sus inclinaciones académicas y líricas para transformarse, incluso contra su parecer en auténticos políticos sobre los que comenzó a recaer gravísima responsabilidad. La causa del sacrificio de los ideales intelectuales en aras de los políticos obedecía a una poderosa razón: *el inicio de una adhesión más estricta a la política de Moscú*. Fue el momento en el que se inició el rumbo de las grandes equivocaciones y de las inconsolables desilusiones. Era fácil el advertir declaraciones del siguiente tenor—confesión del poeta Martínez Villena—: *«No haré un verso más como esos que he hecho hasta ahora. No necesito hacerlos, ¿para qué? Ya yo no siento mi tragedia personal. Yo ahora no me pertenezco. Yo ahora soy de ellos y de mi Partido...»*

De entre todos los movimientos populistas destacó muy pronto el fundado por Víctor Raúl Haya de la Torre en México en 1924, la Alianza Popular Revolucionaria Americana—APRA—que anheló constituirse desde el mismo momento de su fundación en un poderoso movimiento continental. Este movimiento, en rigor, se ha manifestado radicalmente diferente en comparación con los que surgieron en la época, dado que, entre otras muchas cosas, «la doctrina de Haya de la Torre no era de suyo comunista, aunque, eso sí, tuviese necesariamente que actuar como un partido comunista con células, absoluto centralismo jerárquico y vocabulario típico». La reivindicación de los derechos de las clases oprimidas, esgrimiendo la bandera indigenista, ha sido su primera meta a conseguir. Muchas e importantes han sido, posteriormente, las mistificaciones inevitables que ha sufrido. La más espectacular, por supuesto, es la de su fuerte coloración marxista. Así y todo, esta parece ser la opinión de algunos de los estudiosos que con espíritu objetivo han examinado sus principales constantes (32), mantiene una dialéctica y una estructura radicalmente original y, sobre todo, mantiene firme su atención a los problemas socio-políticos que acongojan la existencia de los pueblos hispanoamericanos.

El tema que nos ocupa es mucho más comprometido de lo que, a primera vista, parece. Pero, en todo caso, puede afirmarse que la influencia de los movimientos populistas no ha sido trascendental, cuando menos, en ninguna de las áreas que de ordinario perturban

o conmueven la vida de un país —política, economía, religión y educación...—. Al lector disconforme con esta tesis le invitamos a meditar sobre las reflexiones expuestas, en el marco *ad hoc* de la revista *Cuadernos Americanos* (33), por el doctor Gregorio Weimberg. Para quien, en general, los movimientos populistas no son otra cosa que una especie de variante de los plurales reformismos que con tanta frecuencia se dan en las tierras hispanoamericanas.

De todas maneras, la experiencia acumulada claramente lo atestigua, la solución de los problemas latinoamericanos ya no radica en la aparición o fulgurante advenimiento del político de «mano izquierda», sino, por el contrario, en la solidez, sinceridad y armonía con la que se lleven a efecto, se sientan y se opere sobre programas de estricto sentido comunitario. Hispanoamérica, en efecto, tiene planteados problemas insolubles. Problemas con los que, irremediabilmente, camina hacia su futuro presente. En opinión de los expertos, concretamente del profesor español Mario Hernández Sánchez-Barba (34), *es muy difícil que Hispanoamérica consiga superar los graves inconvenientes y los severos obstáculos, los fuertes lastres, que impiden el encuentro con su propio destino comunitario, sea éste nacional, regional o continental.*

e) LA REVOLUCIÓN CUBANA Y SU LARGO PROCESO DE CRISTALIZACIÓN

Alguien, en el futuro, tratará de estudiar exhaustivamente la generalidad de los aspectos sociopolíticos que culminaron en la llamada Revolución cubana. Una de las revoluciones de nuestro tiempo profundamente nimbada por extrañísimos y sorprendentes matices. Una revolución, además, que estuvo a punto de abrir una gravísima grieta ideológica en el Continente hispanoamericano. Una revolución que, por momentos, llegó a desorientar, a inquietar y a sumir en la perplejidad a los espíritus más templados. Todo parecía nuevo, distinto y original y, sobre todo, semejava el rayo de luz y esperanza que los pueblos —los castigados pueblos— hispanoamericanos esperaban desde remotas décadas.

En efecto, desde el 1 de enero de 1959, luego de dos años de intensas guerrillas —procedimiento, por entonces, de intensa originalidad estratégica—, se hizo cargo del Gobierno de Cuba Fidel Castro. A primera vista se trataba, como en tantas circunstancias similares —de sorprendente habitualidad por tierras latinoamericanas—, de una crisis de poder.

La verdad fue, como el paso del tiempo ha puesto de manifiesto, que ni los propios cubanos ni ningún otro habitante de América Latina—ni el propio Servicio de Inteligencia de los Estados Unidos—tenían la más pequeña idea de quiénes eran aquellas gentes que habían descendido, a modo de aguerridos combatientes, de los no muy accidentados riscos—si los comparamos con cualesquiera otros de esa inmensa columna vertebral andina que recorre la generalidad de los países vecinos—de Sierra Maestra. Es obvio, sin embargo, que muy pronto surgieron por doquier las interrogantes. ¿Se trata de auténticos patriotas? ¿Se trata de un grupo de desesperados? ¿Representan a un determinado país? Las incógnitas fueron creciendo alarmantemente a medida que los recién instalados en el poder comenzaban a mostrar actitudes de insólita intransigencia y a abusar notoriamente de los privilegios que otorga cualquier forma de poder. Muy pronto también, para comprobar la veracidad de esta afirmación basta una mirada superficial a las publicaciones de la época, los grandes rotativos de los más destacados países del Continente comenzaron, en primera plana, a esgrimir y a jugar con una dramática conjetura: ¿Es Fidel Castro comunista...? La respuesta no era fácil de exponer en el ámbito de los primeros momentos a los que nos estamos refiriendo, puesto que en rigor había palpables signos que podían ubicarse en uno u otro sentido. El comandante de los guerrilleros, sin saber a qué carta quedarse, coqueteaba con los Estados Unidos y, al mismo tiempo, mostraba muy cordiales relaciones con los astutos representantes de la URSS que, por vez primera en mucho tiempo, tenían plenamente abiertas las puertas de penetración en el inquieto, desesperado y frustrado Continente.

Todo comentario sobre los primeros días de la Revolución cubana, como es bien sabido, implica una insoportable atonía. Todo era como un interminable movimiento sinfónico en el que el motivo central era mil veces repetido: las extrañas depuraciones, los juicios populares, las hipotecas sobre los patrimonios privados, el cierre de los caminos hacia la libertad y la martilleante obsesión de los himnos a una libertad que no existía.

Aún hoy, nos atreveríamos a subrayarlo con cierto matiz dogmático, quedan—y acaso definitivamente—no pocos capítulos de la Revolución sumidos en la más atroz de las oscuridades. En aras de la objetividad es preciso el resaltar que la bibliografía disponible, en un elevadísimo tanto por ciento, limita con la exageración, la falta de veracidad y, desde luego, la carencia de fidedigna información. Po-

cas veces se ha escrito tanto y tan equívocamente sobre un proceso revolucionario. Tal vez por eso nos inclinamos a aceptar como bueno el criterio del doctor Jorge Abelardo Ramos, para quien, y así lo testimonia en un libro que ha alcanzado cierta fortuna editorial (35), «la Revolución cubana triunfó como resultado de una correlación de fuerzas heteróclitas, entre las que se contaban sectores del imperia-lismo yanqui, la burguesía comercial, la pequeña burguesía universita-ria, las clases altas y cipayas de Cuba, la Iglesia. Tampoco ignora nadie que *los comunistas no participaron de modo decisivo en la Revolución*: que la reducida clase obrera, si no indiferente, no fue al menos uno de sus factores dinámicos; que el campesinado, salvo sectores peque-ños, proporcionados a la enorme debilidad numérica de los guerrille-ros, tampoco actuó en un «levantamiento campesino». En consecuen-cia, en ningún caso Fidel Castro podría mitificar su propio pasado y fundarse en él para elaborar un «método», como el método guerril-lero, que al demostrarse infalible en Cuba, podría ser también infal-ible en América Latina».

En el fondo, cosa que afirmamos con no pocas reservas, casi todo el mundo que pudo contribuyó al desenlace del desastre cubano. En algún punto de nuestro estudio hemos afirmado que Hispanoamérica vive permanentemente de cara a una revolución total que no acaba de llegar. Por consiguiente, cualquier motivo, cualquier coyuntura o circunstancia se interpreta como el indicio anunciador de esa anhelada explosión y rebelión contra la miseria. El caso de Cuba es hartamente aleccionador, pero, ciertamente, todavía lo es más aún el caso de Chile—mucho más reciente y, por lo tanto, más cercano a nuestra sensibilidad—, y las abortadas posibilidades de Bolivia y del Perú. Hispanoamérica, no nos cansaremos de repetir esto, vive peli-grosamente inclinada a la revolución. Está acostumbrada a ese inmi-nente peligro lo mismo que no pocos de sus hombres, los que laboran y descansan junto a sus inmensos volcanes, saben que un día, tal vez, el fuego de las entrañas de la tierra puede aparecer. Lamenta-blemente, en muy pocos manuales de ciencia política se analiza, psi-cológicamente, la emotividad y la ilusión, el desencanto y tristeza que suscita el vivir permanentemente en el corazón mismo de la in-estabilidad. Nos explicamos ahora, en parte muy considerable, el por qué en el largo proceso revolucionario cubano millones de corazones alteraron su ritmo normal. No era tan sólo Cuba lo que se ganaba o se perdía en el empeño castrista de la primera hora. Era la fe, la esperanza y el sueño de todo un Continente. Todos, pues, de alguna

manera contribuyeron a la cristalización de las ilusiones guerrilleras. Todos muy pronto, cruelmente desengañados, comenzaron a exclamar lo mismo que nuestro más enhiesto filósofo —Ortega y Gasset— ante la desventura de nuestra República en la década de los años treinta: ¡No es eso...! ¡No es eso...!

Por lo demás, como brevemente vamos a tratar de ver, la Revolución cubana puede figurar en la antología de las grandes revoluciones. No ofrece la más pequeña duda de que fue manejada con sorprendente inteligencia, de que cumplió ciertos objetivos que incluso los más optimistas consideraron siempre como inexpugnables y, especialmente, puso de moda la estampa del héroe romántico. Particularmente pensamos, y no creemos estar equivocados, que constituyó una gran lección para toda Hispanoamérica. Prueba del rigor de nuestra afirmación lo constituye el derrocamiento de Allende en Chile. Víctima, sin duda, de la gran desconfianza que, hoy por hoy, en las tierras hispanoamericanas inspira todo aquello que, de alguna manera, lleve impresa la etiqueta de importación comunista. La lección, en gran parte, ha sido sorprendentemente asimilada. Diríase, y esto lo saben perfectamente bien los hispanoamericanos, que el Continente no tiene ante sí otra alternativa que el orden o el caos. Dicho con otras palabras: América Latina, cara a su inmediato futuro —ya ampliaremos más detenidamente este extremo en la parte final del presente estudio—, avanza contra reloj. En efecto, ha escrito recientemente un autor (36), «el sentido de esas frases —impresionantes en su semejanza— provee la clave para entender la angustia de quienes advertimos que los cambios necesarios se producirán en este Continente de buen grado o por fuerza, pero se producirán. La angustia de quienes vivimos, trabajamos, tenemos nuestra familia y nuestros bienes en éstos países y vemos cómo la ceguera o la miopía de algunos sectores, al impedir el cambio pacífico, harán inevitables los medios violentos.

La voluntad de cambio, la intención de superarse y de afrontar nuevas realidades es constante en nuestros países. Ellos nacieron, precisamente, como consecuencia de un cambio, para modificar su *status* de colonia por el de países independientes. De ahí en adelante, existió en América Latina un vigoroso propósito de cambio que a veces se llamó progresismo y otras derivó hacia el plano puramente ideológico (positivismo, «cientificismo» mexicano, «orden y progreso» brasileño, civilismo peruano, etc.).

América Latina no es un territorio estático. No teme al cambio. Al contrario, lo anhela. Porque, generalmente, la realidad que se trata

de modificar suele ser aborrecible. ¿Qué apego puede tener por su realidad, por su circunstancia vital un campesino desposeído de tierras, un mísero proletario urbano, cuando no tienen esperanzas de mejorar? ¿Qué puede retener a ese enorme caudal de latinoamericanos subalimentados, analfabetos, que no pesan en las decisiones políticas? Masas aletargadas por el medio ambiente, deformadas en su realización humana, no se sienten fieles a su medio ni solidarias o comprometidas con él. Vagamente —o concretamente— desean que se transforme. Y deben ser agentes activos de esa transformación.» Ahora bien, cabe preguntarse, ¿cuál es el camino más idóneo para esa anhelada transformación...? Por cuanto llevamos visto, en efecto, los intentos revolucionarios que con mayor o menor éxito han tenido lugar no han respondido, en el fondo, a las apetencias sociopolíticas de los hispanoamericanos.

No seríamos sinceros, sin embargo, actitud que no entra dentro de nuestros propósitos, si no nos apresuráramos a indicar la enorme importancia que para el Continente ha tenido y tiene —como magnífico precedente de muchas cosas (algunas trataremos de explicarlas)— el estallido revolucionario que tuvo lugar en la bella isla del Caribe. Sin exageración alguna, puesto que se trata de uno de los hombres que con mayor objetividad han analizado la situación de referencia, un autor ha dicho: «El caso cubano es para mí un paradigma no sólo del proceso hispanoamericano en su conjunto, sino también un ejemplo del modo como, cuestiones locales, pueden alcanzar una problematización a escala universal al entrar en la peligrosa tensión entre los dos hemisferios, en que actualmente se escinde el mundo. Por estas dos razones utilizo en el epígrafe el sustantivo femenino *experiencia*, entendiéndolo no sólo como conocimiento adquirido por la vía práctica, sino también como un conjunto de funciones derivadas de una determinada posición; pero es perfectamente admisible masculinizar el sustantivo, lo cual daría un sentido de *experimento* que también tiene la empresa de Fidel Castro. *Desde dentro, pues, el fenómeno cubano tiene un carácter de experimento revolucionario; hacia fuera lo tiene de experiencia tanto para los Estados Unidos cuanto para la propia Hispanoamérica*» (37).

Para el mismo autor, cosa que manifestaba en 1961 (cuando todavía a ciencia cierta no se podían prever las directrices esenciales del proceso revolucionario cubano), la experiencia de cuanto acontecía en Cuba podía resultar muy peligrosa en cuanto a las actitudes que respectivamente podía provocar, en función de la clásica tensión con-

tinental hemisférica que de antiguo viene operando en las relaciones entre Estados Unidos e Hispanoamérica. Esa tensión, efectivamente, conocía una nueva etapa. Una etapa caracterizada, entre otras muchas cosas, por la presencia activa de un tercer elemento: Rusia. El peligro de la gran crisis era inminente, dado que, como perfectamente señaló el profesor Hernández Sánchez-Barba, *la participación soviética en los asuntos internos hispanoamericanos había sido, hasta el momento, de agitación y de fomento del inconformismo—especialmente a través del inmoderado uso de una dialéctica que venía a concordar y a proporcionar argumentaciones con los nuevos movimientos de opinión hispanoamericana—nacionalista, frente al expansionismo económico americano.* Ocurrió, en todo caso, lo que menos podía pensarse, a saber: que los líderes soviéticos decidieron sustituir su actuación demagógica por un activismo directo. De esta forma, naturalmente, el conflicto local del estallido revolucionario cubano pasó a convertirse en problema de honda y trascendental repercusión internacional. El mundo contempló con ojos insólitos—no dando fe de lo que veía—cuanto estaba aconteciendo en el área del Caribe. Por vez primera, luego de los primeros desencantos proporcionados a su llegada por la doctrina comunista y sus truncadas ofertas, las masas empobrecidas de la América Latina tenían ante sí un poderosísimo motivo que justificaba la ilusionada espera de poder recibir algo de quienes de alguna forma estaban sosteniendo un titánico duelo de quienes hasta entonces eran tenidos por los dueños absolutos del mundo. En efecto, por un lado, la paridad en la carrera espacial—por entonces iniciada—con los Estados Unidos concedía a la Unión Soviética un prestigio indiscutible de eficacia. Por otro, la prédica de la revolución mundial de los pobres contra los ricos hecha por la China roja se coloca en la línea de las grandes reivindicaciones sociales de la historia y sueño eterno de los desheredados latinoamericanos. Si algo faltaba para que el comunismo completase tan sugestivo y maravilloso cuadro y, al mismo tiempo, el comunismo adquiriese de forma radical el favor de los latinoamericanos, ese poco lo aportó, como venimos indicando, la instauración en Cuba del régimen de Fidel Castro. La verdad era, y de aquí el vertiginoso prestigio que adquirió el proceso por él dirigido, que:

- 1) *Fidel Castro derrotó con una banda de guerrilleros a un ejército regular, lo liquidó y lo disolvió.*
- 2) *«Echó» de Cuba al capitalismo norteamericano.*

Además inició reformas sociales para mejorar la situación de los obreros. Es tan sólo un ejemplo. No vació en sus esfuerzos por primera vez en la historia de América, Castro enfrentó el poder de los Estados Unidos, aún siendo su vecino, y resistió tentativas de invasión.

Su política no tiene otro objetivo que el interés de Cuba.

Con tan interesante cuadro de realizaciones no es de extrañar, sin que sea menester el exponer argumentación especial alguna, que Fidel Castro, con su ayuda directa o encubierta de los soviéticos, adquiriese cierto prestigio que luego, andando el tiempo, difos con menos fortuna en otros continentes hispanoamericanos. Han tratado de imitarlo. Pero es bien difícil engañarnos, y no faltan los testimonios que prueban lo contrario. (39) La captación de Cuba fue posible por su debilidad con respecto al comunismo de un movimiento revolucionario que en su día ya apareció en la historia de América. Esto podría ocurrir en cualquier ocasión análoga, sobre todo si el terreno se halla abonado por una dictadura anterior, pues, como se señalaba ya anteriormente, el hecho de Alvarado. Las dictaduras, de cualquier tipo y orientación que sean, presentan dos singularidades para el comunismo: primero, tratan de impedir y anular la idea de que la democracia es un sistema viable, y segundo, contribuyen a que el pueblo adquiere una orientación colectiva de carácter pasivo en hábitos de pensar. La obra de cualquier dictador, aunque sea de extrema derecha, puede ser utilizada, en un momento dado, para servir a los intereses del comunismo. Por otro lado, la

Si profundizamos ahora en el protagonista central del movimiento revolucionario protagonista humano — nos daremos cuenta, empleando una expresión del agrado del presidente Mao que Fidel y Castro no sólo son realidad sino también los que llevan al frente de la isla del Caribe, en otras cosas que un tigre de papel. Tuvo muchísima suerte, o más bien, muy buena estrella en el puesto que, como es bien sabido, sin en el momento decisivo Batista hubiese resistido un poco, su ejército no se habría disuelto solo. Se comprenderá — ha escrito Abelardo Ramos (39) — que si sólo 300 ó 400 guerrilleros no habrían estado en condiciones de librar una lucha frontal contra un Ejército de 90.000 hombres, este Ejército hubiera existido como tal. Por otro lado, poderosísimo ha sido el interés que el Ejército del pueblo cubano a ver con simpatía el descender de Sierra Maestra del

grupo de desesperados, ni hay que cifrarlo ciertamente, en el hecho de que sea el régimen policial de Batista, llegado a ser un flagelo para la clase media urbana, para sus hijos en la Universidad, para el propio núcleo del comercio importador mabañero y, en general, para las clases medias que invivan en perpetuo sobresalto por las tropelías del sistema. En este cuadro emergió Fidel Castro, líder estudiantil, hijo de terratenientes, resuelto luchador político y antiguo candidato a diputado por el Partido Ortodoxo de Eduardo Chibas. El apoyo político que se brindó a Castro fue en aumento a medida que la acción guerrillera se demostraba capaz de crear un foco armado contra un régimen que sólo podía entender el lenguaje de las armas. Fueron justamente las clases más acomodadas de Cuba las que brindaron su simpatía y ayuda a Castro.

Ahora bien, no menos cierto es que, precisamente los más nobles representantes de esas clases sociales, los más prudentes políticos del momento y los intelectuales de más sólida formación humanística muy pronto advirtieron que se había cometido un grandísimo irreparable error. Hasta al más insensible de los ciudadanos cubanos del momento le fue dado advertir la tremenda irresponsabilidad política que caracterizaba al grupo gubernamental en cuanto se imponía un sistema nuevo más cercano a la realidad que a la utopía, sin preocuparse siquiera por cumplir las más elementales formulas de convivencia nacional e internacional; la más radical de las confusiones cayó sobre los sistemas operativos de la política internacional, una dictadura implacable sobre la cual no existía el menor control interno cada vez más al país dentro de la órbita satelitaria de los países comunistas.

Si de conformidad con el pensamiento de Ortega y Gasset, cada quince años, más o menos, surge una nueva generación, Cuba, por estos días —en los que se conmemoran los dieciséis años de su estallido revolucionario— registra el advenimiento de una primera generación de jóvenes que, sin ángulo de vista para la perspectiva, viven encandilados por el fuego y el falso romanticismo torpemente descrito en una publicación española por el doctor José Antonio Portuondo (1) —de recuerdo de los héroes revolucionarios cubanos del bestido de Camilo Cienfuegos, Ernesto Che Guevara y otros. Esos mismos jóvenes, acaso de forma incondicional, admiten las aptitudes políticas de Fidel Castro, su capacidad de negociar de hábil frente con adversarios de transigir y al mismo tiempo de no perder nunca de vista los objetivos que se proponen como es un natixz ebnoq ne tagul nu

De todo acontecimiento revolucionario, independientemente de sus aciertos y torpezas, cabe extraer algunas provechosas enseñanzas. Y, en efecto—aunque algunos disientan de lo que vamos a decir—, de conformidad con Debray (42), consideramos que tres aportaciones fundamentales hizo la Revolución cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América:

- 1.º *Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército.*
- 2.º *No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.*
- 3.º *En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.*

La Revolución cubana, por último, denota, a nuestra forma de ver, otra inolvidable enseñanza: *que por grande que sea el empecinamiento de ciertos pueblos, que no nacieron comunistas, por permanecer en el ámbito marxista, esta clase de ideales difícilmente pueden verse cumplidos.* Hoy, por ejemplo, estamos asistiendo a un radical cambio de actitud de Cuba en relación con los países del área hispanoamericana. Dos metas, a corto plazo, persigue la nación cubana: desaparición del bloqueo económico de los Estados Unidos e integración de la isla, como en los viejos tiempos, en el conjunto de las naciones iberoamericanas. En uno u otro caso, sin duda, estamos ante una sola realidad: Cuba cambia de actitud. Y este cambio, en el fondo, es muy probable que no sea del agrado de los intransigentes líderes de Moscú. En política internacional, de sobra es sabido, las situaciones hostiles no son nunca eternas. Y se humillan quienes piensan lo contrario (43).

f) EL FUTURO PRESENTE DE LOS PUEBLOS HISPANOAMERICANOS

Hay dos conceptos o expresiones que, efectivamente, aplicadas a los pueblos de allende los mares parecen cobrar un colorido y un sentido filosófico radicalmente diferente del que alcanzan a obtener en el resto del mundo. Esas expresiones concretamente son las siguientes: el término «comunidad» y el término «tiempo».

Es realmente difícil el encontrar, ahora que tanto se habla de esta predisposición político-económica que parece campear en el mundo, un lugar en donde existan unas condiciones tan claras, espontáneas

y sencillas como las que caracterizan al territorio hispanoamericano para efectuar con toda la anhelada solidez y armonía una integración político-económica y político-cultural más extraordinaria. Por otra parte, en rigor, no creemos que se pueda encontrar otro lugar en donde el factor «tiempo» esté tan rabiosamente presente como en las latitudes geográficas a las que nos estamos refiriendo. Presente, conviene subrayarlo, en sus dos inmensas posibilidades del *pasado* y del *futuro*. Diríase, en todo caso, que en estas tierras el *tiempo* es parte integrante de la existencia, protagonista, eje central. Los ojos de los hispanoamericanos se enrojecen mirando el horizonte, esperando en la esperanza, anhelando ardientemente el correr de los días bajo la ferviente ilusión del advenimiento del «milagro». Un milagro para calmar el dolor de tantos y tan sangrantes problemas.

Nos atreveríamos a decir, aun a riesgo de las aventuradas interpretaciones a las que se presta la tesis, que el tiempo que pasa por los pueblos situados allende los mares no lo hace del todo. De otra forma, desde la plataforma histórica de nuestros días, no podríamos explicarnos de manera convincente la permanencia de la cultura, de la política y del estilo de vida netamente hispánico en estos pueblos que, en las más solèmnnes ocasiones, se sienten profundamente orgullosos de su dependencia espiritual con España. Como siempre que este tema se plantea, es evidente que, una vez más, es menester esgrimir las razones ya conocidas, a saber: *la distinta forma de colonización llevada a cabo en el Norte y en el Sur de esa inmensa plataforma continental llamada América*.

Un joven profesor español, al examinar esta cuestión con notable prudencia, no ha dudado en manifestar lo siguiente: «Como creemos que la aportación española es, en este aspecto, superior a la anglosajona, vamos a citar en nuestro apoyo la opinión de un norteamericano. Se trata del famoso hispanista Waldo Frank, que en su libro *América Hispana* dice lo siguiente: «España, inferior a Europa en la contribución intelectual, es superior a ella y a los Estados Unidos vista como un cuerpo social orgánico que da el ejemplo de su vida individual. Los líderes intelectuales de España—Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez, José Ortega y Gasset, etc.—guardan bajo sus diferencias un espíritu unánime. Un espíritu desgraciadamente raro en Europa y casi desconocido en los Estados Unidos. Se le podría llamar espíritu «católico» si se despoja a la palabra de toda asociación dogmática y clerical (Jacques Maritain, T. S. Elliot y todos los llamados pensadores católicos de la Europa Moderna carecen en absoluto

der. Tiene dos rasgos principales: a) simpatía por todas las manifestaciones de la vida humana; b) una simpatía activa y creadora que viene de la experiencia de la conexión orgánica e integridad personal (que falta casi completamente también a los intelectuales del otro lado de los Pirineos y del otro lado del Atlántico). Estos escritores españoles, aun los más europeizantes, como Ortega y Gasset, han conservado al menos el recuerdo del mundo cristiano y una integridad y un contacto inmediato con el mundo que sólo puede venir del sentido verdadero de la persona. Este espíritu es común en realidad al labriego de Castilla, al obrero de Cataluña, y al trabajador de Andalucía. El español moderno es el producto de la voluntad mediterránea de Isabel por integrar el ideal católico y la tierra en un cuerpo activo y universal. Las formas del ideal se han deshecho, el mundo que España sostuvo en sus manos se ha desvanecido; pero la voluntad unitaria, tenía tanta virtud, que ella ha conservado al español individual. Su integridad no es, desde luego, la integridad activa y consciente de la verdadera persona (si fuese así, España sería de otro modo). Su integridad, acaso, no es más que una predisposición heredada hacia esta completa conciencia, una forma cultural en suspenso y guardando la chispa y el combustible para ponerse en acción. Lo cual es bastante para hacer de España uno de los protagonistas en el drama del nacimiento atlántico» (44).

La diferente colonización entre el Norte y el Sur marca, pues, las diferencias psicológicas y caracterológicas entre las dos Américas. Así lo ve otro norteamericano, William R. Crawford, al final de su estudio sobre *El pensamiento latinoamericano de un siglo*, donde reconoce que «el hombre universal ha sido menos eminente en nuestra vida nacional que en la América del Sur», y se hace eco de la queja común de «nuestros vecinos que nos reprochan constantemente nuestra tendencia a especializarnos y a dejar de ver por ello la vida en su totalidad». La comprobación de esas diferencias ha provocado una enorme bibliografía sobre el tema, que es prácticamente constante en los autores hispanoamericanos, objeto de este libro.

Anteriormente hemos indicado la gran importancia que *el factor tiempo* entraña para el latinoamericano. Y, en efecto, acontece—subraya el profesor Abellán en el libro al que venimos haciendo referencia—que el norteamericano vive su vida polarizada hacia el futuro, centrado casi siempre sobre su profesión. Este hombre es un especialista y ello le cierra a otras incitaciones de la vida y de la cultura. «En cambio—dice Roura—, la real profesión del hombre del Sur es

ser un ser humano. Este es su propio negocio. De aquí que frente a los móviles del hombre del Norte — impulsos de conservación del grupo, afirmación de la vida colectiva, o intentos afán de reconocimiento —, fuerte tendencia a imponerse a los demás, necesidad absoluta del éxito — el latino, tiene una visión más universal de la vida y del hombre, hasta el punto que en él individualidad, universalidad y totalidad vienen a estar estrechamente vinculados. Así, la visión caracterológica de este profesor español viene a coincidir (casi) plenamente con la mantenida por los norteamericanos Frank Crawford y Urbanski; con lo que vemos — nos indica el doctor Abellán (45) — ampliamente reforzado nuestro propio punto de vista.

«Piénsese, en todo caso, que los pueblos hispanoamericanos, consciente o inconscientemente, siempre han ido un poco a remolque de lo que, en las diferentes áreas existenciales de una nación — política, cultura, religión, economía, etc. — acontecía en la metrópoli. En efecto, ha escrito un competente sociólogo de allende los mares — el profesor Ycaza Tigerino (46) —: «para Hispanoamérica el auge y maduración de la crisis de Occidente en los siglos XVIII y XIX significó paralización de su desarrollo histórico normal, estancamiento del proceso de mestización étnica y cultural. El mestizaje se paralizó en la medida en que el abismo entre el hombre occidental, con su cultura racionalista, y el indígena americano, de alma primitiva, se hizo más profundo y las formas económicas y políticas de persecución y explotación de las masas de indios se hicieron más técnicas, deshumanizadas y totales y aumentaron más radicalmente las diferencias sociales y los desniveles de cultura.

La escisión entre la cultura y la vida, entre las ideas y el hombre, entre la teoría y la realidad, que señala Zea como características de las crisis de Occidente, ha tenido también vigencia en Hispanoamérica, pero con un valor y sentido diferentes que en Europa, porque el hombre europeo llegaba a esa crisis y escisión a través de un proceso histórico y dialéctico de desasimiento de la Naturaleza, de intelectualización, de sustitución del mundo de la realidad natural por un mundo de ideas y abstracciones, mientras el hombre hispanoamericano se hallaba integrado en la totalidad y elementalidad del mundo natural, asido vigorosamente a lo telúrico, inmerso en un ámbito alucinante de materia, atado por la sangre y los sentidos a las formas elementales inmediatas de la vida y de la cultura. El hombre hispanoamericano estaba radicalmente asentado en la realidad, y la crisis le llegaba de fuera, en la estructura de una civilización en cierta manera

superpuesta a su condición vital, mientras que el hombre europeo había sido paulatinamente arrancado de la realidad, la crisis le nacía de dentro, puesto que él mismo la había provocado como fruto de su inteligencia, de su hipertrofia intelectual.»

Desde el primer momento, igualmente, Hispanoamérica parece haber estado enormemente obsesionada por la consecución de un espíritu «comunitario». Por eso en Hispanoamérica la última palabra con la que se demanda la solución para un determinado problema socio-político no suele ser otra que la de «integración». La integración es, pues, la gran panacea en la que se depositan todas las esperanzas para unos mismos problemas que, además, son vividos en una misma unidad de tiempo. El mayor y más grave problema que en el *tiempo real* tiene planteado la comunidad hispanoamericana lo es, sin duda, el referente a su constante transformación. En efecto, si existe un lugar en la tierra en donde las cosas muestren un perfil provisional, efímero y profundamente delicado..., ese lugar lo constituye Hispanoamérica. Las soluciones políticas, sociales, económicas, culturales, etc., no aspiran nunca a su consolidación definitiva. Anhelan dominear el momento presente—esto, parece ser, es lo único que importa— y, consecuentemente, ni el pasado por ser ya pasado, ni, lógicamente, el futuro por ser siempre incierto devenir merecen, en el fondo, la atención de los líderes y hombres más representativos del Continente. Hispanoamérica, por eso, siente la fiebre de la urgencia, de la improvisación y de la solución fácil, que, como es bien sabido, no siempre es la más idónea. En compensación, parece honesto el indicarlo, ninguna doctrina acaba de consolidarse del todo, ninguna estructura política o económica es permanente y, naturalmente, tanto el político como el artista agotan su mente, sacrifican su inspiración, en aras del impacto superficial. Un impacto, en todo caso, que prodigiosamente se enlaza con las formas políticas o artísticas primitivas. Si tuviésemos tiempo, veríamos cómo, efectivamente, en ningún otro lugar del mundo existe una vigencia de las formas políticas y culturales primitivas de modo tan rabiosamente profundo como en los pueblos hispánicos.

Las doctrinas, en Hispanoamérica—sutilmente nos lo ha indicado uno de los más grandes e importantes escritores del Continente de la hora presente, a quien, ciertamente, los españoles debemos muchísimo (es obvio que nos referimos a Arturo Uslar Pietri) (47)—, siempre están amenazadas de una especie de peligrosa y reptante arteriosclerosis. En manos de los seguidores elementales y simplistas tienden

a la rigidez que las separa de la realidad. Así pasó con aquellos doctores de la Edad Media, cuya teología terminaba en una cabeza de aguja y en el número de ángeles que podían caber sobre ella.

Hoy pasa con los últimos doctrinarios rígidos que quedan en nuestro mundo—subraya el autor citado—, que son los marxistas elementales. Del vasto conjunto todavía no enteramente esclarecido y frecuentemente contradictorio, de todo lo que escribió y pensó Marx a lo largo de su vida, no conocen sino las más superficiales generalizaciones, y a ellas se aferran para aplicarlas con un celo conmovedor de catecúmeno asombrado, que cree que toda la verdad y todo lo que hay que saber le ha sido revelado en alguna fórmula escueta de desarmante sencillez. Nosotros creemos, sin embargo, que cualquier doctrina de matiz marxista no encuentra fácil eco en Hispanoamérica en la hora presente. Ha pasado el momento de la dialéctica y, por el contrario, impera el momento de las realizaciones.

Estamos seguros, por otra parte, y no dudáramos en afirmarlo con aire dogmático, que Hispanoamérica no volverá a caer en la trampa, casi mortal, que asfixió a sus espíritus más selectos en las décadas pasadas: el espejismo de su posible *cosmopolitismo*. Si esta realidad, por cualquier circunstancia llegase a imperar, estamos seguros de que Hispanoamérica perdería definitivamente su personalidad. Ciertamente, ya lo ha denunciado un esclarecido pensador de allende los mares (48): «el cosmopolitismo pretende hacer de América un crisol racial y cultural, el asiento de una nueva cultura mundial; síntesis de todas las razas, la "raza cósmica", que dice Vasconcelos, en la que se confundirían, junto con las sangres, todas las virtudes y defectos de los más diversos pueblos de la tierra. Lo americano pierde así todo contorno propio antes de llegar a tenerlo, y América se convierte en un simple campo de cita universal, en un valle de Josafat sin juicio final y en el que se realizaría una reelaboración étnica y cultural más total y universal que la realizada en la historia de Europa».

Hispanoamérica, en este futuro presente en el que ya vive, no cometerá la torpeza de considerar que en una apertura sin fronteras de sus estructuras radica la clave de su éxito inmediato. Hispanoamérica, cosa que saben perfectamente bien sus hombres más representativos—a los que será preciso escuchar muy atentamente—, es un Continente al que comienza a sobrarle experiencia. Los hispanoamericanos conscientes saben muy bien, porque lo han vivido, que «todo este mundo en transformación y nueva estructuración implica la existencia de otro, paralelo a él, de ideologías que necesariamente tienen

que ceñirse en (sus) bases y desarrollos, a aspectos sociales y económicos. Tales ideologías llegaron hasta Hispanoamérica, aunque sólo fuese por el libre juego característico de la dinámica de las ideas, íntimamente conectada con la intensa inmigración que en un siglo, de 1850 a 1950, llevó a los distintos países una considerable masa de europeos y asiáticos que se calcula en unos veinte millones de seres, y las causas de tales movimientos migratorios, a los cuales hay que añadir los internos del propio país hispanoamericano, a otro, como consecuencia de los continuos cambios políticos y pequeñas revueltas de asalto a tipos de gobiernos, empeñamos en llamar revolución, en esencia, las persecuciones sociales y políticas, y el ansia de encontrar nuevas posibilidades de negocio económico, o simplemente de establecerse en un continente donde parecía estaban insitas todas las posibilidades para el futuro» (49).

Las pasadas décadas, angustiosas en muchísimos aspectos, han dejado a los espíritus hispanoamericanos una provechosa enseñanza: que planificación económica (o desarrollo) y planificación (o estabilidad) socio-política son términos sinónimos. Efectivamente, nadie en Hispanoamérica pone ya en duda que *toda teoría del desarrollo futuro entra en el campo de la planeación política*. «El proceso de desarrollo no es un proceso fatal y predeterminado por las fuerzas ciegas de la economía. De manera que cuando los economistas lanzan su teoría general del desarrollo de los pueblos subdesarrollados, ya están embanderados en una tendencia política, en una planificación política. Para la elaboración de una teoría del desarrollo es preciso determinar previamente el tipo de desarrollo conveniente y posible, y las transformaciones sociales, culturales y políticas que para dicho tipo de desarrollo se requieren en el país o región a desarrollar, así como los valores que van a sacrificarse en estos cambios.

En el caso concreto de los países hispanoamericanos, los economistas planificadores del desarrollo, tanto en el campo marxista como en el capitalista, han decretado que es necesaria la industrialización, la transformación de nuestras sociedades en sociedades industriales, ya sea por los métodos y el patrón ruso o por los métodos y el patrón norteamericano. Raúl Prebisch, director de la CEPAL y coordinador del Grupo de Expertos de la Organización de Estados Americanos, en una conferencia pronunciada en la Unión Panamericana bajo los auspicios de la Escuela de Estudios Superiores Internacionales de la Universidad de Johns Hopkins, afirmó que "la industrialización constituye la expresión más potente de las transformaciones que se

requieren en la estructura económica latinoamericana. La razón económica de esta exigencia de industrialización es muy simple. Los países hispanoamericanos no pueden pagar con sus exportaciones de materias primas y productos agrícolas sus importaciones de productos industriales. Deben, pues, crear industrias propias para satisfacer aquella parte de la demanda de productos industriales que no pueden satisfacer con importaciones. Otra razón es que se hace necesario que la industria absorba la mano de obra proveniente de la agricultura cuando el progreso técnico penetra en ella (50).

Pero, al mismo tiempo, también se tiene plena conciencia en el sacrificio del Continente de que junto a la promoción industrial, técnica y económica es preciso, cuanto antes, iniciar igualmente la promoción de los valores humanos, éticos, espirituales. El porvenir histórico de nuestras naciones hispanoamericanas e incluso su propio desarrollo económico como parte del desarrollo integral dependen fundamentalmente no de la decadencia de nuestros explotadores —manifiesta el profesor Ycaza (51)— de hoy y de una revancha histórica, sino del prevalecimiento de la moral y de la justicia en el ámbito universal de la Política, de la Economía y del Derecho; depende del respeto y reconocimiento universales de nuestra personalidad social y cultural. A estas alturas de la Historia la Humanidad no puede seguir jugando indefinidamente el peligroso juego de los nacionalismos y de los imperialismos. La unidad del mundo que la ciencia está realizando en el terreno físico y de las comunicaciones sólo puede realizarse efectivamente en el campo de las relaciones sociales e internacionales mediante ese respeto y reconocimiento de los valores de la personalidad individual del hombre y de la personalidad nacional de los pueblos.

Cada pueblo tiene en la Historia su camino propio y está llamado a cumplir su propia misión. Cada nación tiene su hora histórica y su peculiar destino dentro de las comunidades naturales de sangre y de cultura y dentro de la sociedad universal de la Humanidad. Seguir las huellas de otros pueblos distintos, pretender imitarlos y emularlos en sus realizaciones nacionales; tratar nosotros de ser grandes a la manera de ellos, resulta a la postre un vano empeño y un esfuerzo estéril y agotador. La grandeza de un pueblo sólo puede cimentarse en su propia personalidad. Es inútil que nuestros pueblos se lancen a conseguir altas metas económicas de industrialización capitalista si olvidamos las calidades y exigencias más vitales de nuestra estructura humana, de nuestra psicología nacional...

El desarrollo capitalista no es una simple cuestión de recursos eco-

nómicos, de técnica y de maquinismo. Es fruto de una mentalidad étnica y social, de una filosofía de la vida y de la Historia, de una doctrina religiosa que, contradiciendo a Cristo, condenó al pobre como pecador y delincuente y convirtió la riqueza en la virtud por excelencia y en la única norma de moral. A su vez, el desarrollo económico marxista se funda, en último término, en una idiosincrasia étnica que acepta con natural fatalismo la doctrina moral y política del holocausto de la individualidad y personalidad humana ante el Estado por la mística creencia en la felicidad del hombre de una utópica sociedad futura.»

Finalmente, pensamos, Hispanoamérica atraviesa un difícil momento. Esta dificultad —en realidad— no está únicamente monopolizada por el área hispanoamericana, sino, por el contrario, por el mundo entero. Todos los países atraviesan por un período realmente dramático en el que, entre otras muchas cosas, se está poniendo a prueba la madurez, la serenidad, el espíritu de sacrificio y la capacidad de esperanza. Es la hora, como no hace mucho tiempo señalaba Su Santidad Pablo VI, en la que es preciso desplegar las banderas de la paz al viento, la hora del mutuo entendimiento y generosa ayuda. «Combatir la miseria y luchar contra la injusticia es promover, a la par que el mayor bienestar, el progreso humano y espiritual de todos y, por consiguiente, el bien común de la humanidad. *La paz no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día, en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres*» (52).

No sería honesto ni elegante silenciar que, efectivamente, la tensión política es la que más claramente refleja la efervescente vivencia histórica de la Hispanidad en el mundo actual. Sería engañarnos, igualmente, el afirmar que los pueblos hispanoamericanos, en la hora presente, toleran el régimen democrático. La democracia está en crisis absoluta en cualquier latitud geográfica del mundo, pero, mucho más aún —lo afirma quien conoce perfectamente palmo a palmo la realidad del joven Continente (53)—, en Hispanoamérica: «Estamos, pues, frente a una crisis universal del sistema democrático y de las formas políticas. El panorama político actual de Hispanoamérica demuestra que en nuestros pueblos esta crisis democrática, que en ellos es endémica, no ha sido superada. Los golpes militares estallan por diversos lados en países donde se daba por sentado que la democracia se había consolidado definitivamente. Los profundos cambios sociales operados

en nuestras naciones en los últimos años exigen nuevas formas y fórmulas políticas. El viento de la Revolución sopla de diversos rumbos y el tremendo problema del llamado *subdesarrollo*, al que anteriormente nos hemos referido, plantea a su vez la peligrósima alternativa de tener que escoger entre el sistema liberal capitalista de empresa privada que auspician los Estados Unidos como correlativo económico de la democracia política, y el sistema socialista de intervención y planificación estatales, con la consiguiente pérdida de libertades civiles y políticas. Esta alternativa, debemos decirlo claramente, nos ha sido impuesta por los Estados Unidos en la medida en que se ha negado a nuestros pueblos el derecho y la oportunidad de buscar un tercer camino de acuerdo con nuestro nacionalismo y nuestra tradición.»

Quien profundice, con mirada objetiva, en la realidad socio-política hispanoamericana advertirá muy pronto que, aun en el mejor de los casos, sus posibilidades de alcanzar una auténtica estabilidad socio-política, cara a su inmediato futuro, son enormemente arriesgadas y problemáticas. Se precisa, en primer lugar, del advenimiento de una democracia auténtica, y, en segundo lugar, de que esa democracia sea flexible, dado que, ya nos lo ha advertido Arturo Uslar Pietri (54), *la democracia que corresponde a este tiempo de los pueblos latinoamericanos tiene que salvaguardar la libertad, el derecho a disentir y el sistema representativo de gobierno, pero puestos al servicio, como instrumentos de probada eficacia, de una política de desarrollo nacional y regional.*

g) NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- (1) USLAR PIETRI, Arturo: *La otra América*, Alianza Editorial, Madrid, 1974, página 9.
- (2) ROSARIOS, Ottocar: *América Latina, veinte repúblicas, una nación*, Emecé, Buenos Aires, 1966, p. 13.
- (3) ROSARIOS, Ottocar: *Op. cit.*, p. 15.
- (4) ABELLÁN, José Luis: *La idea de América*, Ediciones Istmo, Madrid, 1972, p. 192.
- (5) TESTAS, Guy et Jean: *Sudamérica: un continente en ebullición*, Classiques Hachette, París, 1972, pp. 10 y ss.
- (6) HERNÁNDEZ, David: *Tensiones y violencia en América Latina*, Zero, S. A., Algorta (Vizcaya), 1972, p. 90.
- (7) ROSARIOS, Ottocar: *Op. cit.*, p. 41.
- (8) HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Dialéctica contemporánea de Hispanoamérica*, Ediciones José Porrúa, S. A., Madrid, 1974, p. 47.
- (9) HERNÁNDEZ, David: *Op. cit.*, p. 93.

- (10) HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Formas políticas en las naciones en desarrollo* (1945-1975), Editorial Planeta, Barcelona, 1975, p. 25.
- (11) HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Tensiones históricas hispanoamericanas en el siglo XX*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1961, p. 205.
- (12) CLISSOLD, Stephen: *Paradigma cultural latinoamericano*, Nueva Cabecera, La Habana, 1967, p. 93.
- (13) CLISSOLD, Stephen: *Op. cit.*, p. 93 y 94.
- (14) ROSARIOS, Ottocar: *Op. cit.*, p. 128.
- (15) HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Tensiones históricas hispanoamericanas en el siglo XX*, p. 205.
- (16) *Razón y Fe* (Revista Hispanoamericana de Cultura), número 10, mayo 1973, p. 149.
- (17) RAMOS, Jorge Abelardo: *El marxismo de Indias*, Biblioteca Universal, Planeta, Barcelona, 1973, p. 65.
- (18) RAMOS, Jorge Abelardo: *Op. cit.*, p. 171.
- (19) RAMOS, Jorge Abelardo: *Op. cit.*, p. 171.
- (20) SANTAMARÍA, Carlos: *El tema del hombre y un punto negro del marxismo? Cuadernos para el Diálogo*, núms. 141-142, Madrid junio-julio, 1975, p. 34.
- (21) HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Op. cit.*, p. 112.
- (22) ROSARIOS, Ottocar: *Op. cit.*, p. 134.
- (23) USLAR PIETRI, Arturo: *Dialéctica contemporánea de Hispanoamérica*, p. 165.
- (24) USLAR PIETRI, Arturo: *Op. cit.*, p. 186.
- (25) MORENO, Fernando: *Factores de cambio en América Latina*, *Razón y Fe*, septiembre-octubre, Madrid, 1973, núms. 908-909, p. 125.
- (26) *Razón y Fe* (Revista Hispanoamericana de Cultura), número 10, mayo 1973, p. 149.
- (27) PIRONIO, Mons. Eduardo: *Escritos pastorales*, (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1973, p. 4.
- (28) PIRONIO, Mons. Eduardo: *Op. cit.*, p. 96.
- (29) MORENO, Fernando: *Op. cit.*, p. 127.
- (30) HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Tensiones históricas hispanoamericanas en el siglo XX*, p. 96.
- (31) WEIMBERG, Gregorio: *Populismo y educación. Cuadernos Americanos número 1, enero-febrero, México, 1975, pp. 79 y 85.*
- (32) HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Dialéctica contemporánea de Hispanoamérica*, p. 175.
- (33) RAMOS, Jorge Abelardo: *Op. cit.*, p. 270.
- (34) ROSARIOS, Ottocar: *Op. cit.*, p. 177.
- (35) HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Tensiones históricas hispanoamericanas en el siglo XX*, p. 256.
- (36) ROSARIOS, Ottocar: *Op. cit.*, p. 138.
- (37) HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Op. cit.*, p. 288.
- (38) RAMOS, Jorge Abelardo: *Op. cit.*, p. 286.
- (39) RAMOS, Jorge Abelardo: *Op. cit.*, p. 286.
- (40) HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Op. cit.*, p. 286.

LAS TENSIONES SOCIOPOLÍTICAS HISPANOAMERICANAS DEL SIGLO XX

- (41) PORTUONDO, José Antonio: «Sobre el concepto marxista del héroe», *Revista Índice* núms. 378-79-80, Madrid, julio-agosto, 1975, p. 73.
- (42) RAMOS, Jorge Abelardo: *Op. cit.*, p. 278.
- (43) HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Formas políticas en Iberoamérica (1945-1975)*, p. 66.
- (44) ABELLÁN, José Luis: *Op. cit.*, p. 47.
- (45) ABELLÁN, José Luis: *Op. cit.*, p. 52.
- (46) YCAZA TIGERINO, Julio: *Perfil político y cultural de Hispanoamérica*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1971, p. 27.
- (47) USLAR PIETRI, Arturo: *Op. cit.*, p. 194.
- (48) YCAZA TIGERINO, Julio: *Op. cit.*, p. 57.
- (49) HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Tensiones históricas hispanoamericanas en el siglo XX*, p. 90.
- (50) YCAZA TIGERINO, Julio: *Op. cit.*, p. 161.
- (51) YCAZA TIGERINO, Julio: *Op. cit.*, p. 167.
- (52) PABLO VI: «Populorum progressio», en *Ocho grandes mensajes*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1971, p. 361.
- (53) YCAZA TIGERINO, Julio: *Op. cit.*, p. 251.
- (54) USLAR PIETRI, Arturo: *Op. cit.*, p. 135.

José MARÍA NIN DE CARDONA

